

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XII

1º DE MARZO DE 1903

Nº 269

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



SAN PEDRO en la Iglesia de San Miguel — Florencia. — Por Donatello

NUBE DE VERANO

Del cómo empezó aquel pleito, es muy posible que ya no hagan memoria ni mi tío don Pancho ni su anciana consorte, quienes todavía viven felices y contentos en aquel poblachón de casas chatas y calles desempedradas, que visto de lejos, parece una gran garza blanca y gris, caída como una mancha en la dilatada y verde extensión del llano.

Y si los protagonistas de esta historia, que va de cuento, han olvidado su origen ¿quién ha de censurarme que los imite, cuando para aquel lejano entonces, estaba en la primera década de mi existencia y me preocupaba más que todo la topografía de los árboles donde anidaban las paraulatas y coloraditos y conocer á ciencia cierta cuáles eran los pichones que estaban ya picando y cuáles habían de emplumar en el curso del mes?

De regreso de una de mis habituales correrías y después de haber pasado por el comedor, donde la tía-abuela, en lugar de antemano convenido, dejaba para mi uso personal y exclusivo un sabroso plato de rústicas golosinas, hacía mi digestión durmiendo el sueño de los justos en una piel de tigre que había en un extremo de la espaciosa sala. La acalorada discusión me despertó. El tío Pancho, en mangas de camisa y sin sombrero, cosa que me hizo comprender que sucedía algo anormal, pues su enorme Panamá era una especie de solideo que sólo para entrar en la iglesia se quitaba, de pie ante la ancha ventana, por donde entraban las últimas luces de la tarde, decía con voz entera, pero agitada por la cólera:

—Resuelva lo que le convenga, señora, que lo que soy yo, ya estoy cansado de sus caprichos y no me siento capaz de volverle el juicio á una vieja chocha!

—¿Chocha yo? Usted se olvida de que me lleva doce años. Usted sí que está chocho y decrépito. ¡Virgen del Carmen! ¿Cómo he podido yo soportar durante tantos años á este facineroso? Y lo peor es que todo el mundo lo cree un santo varón, un hombre que no me dejaba.....

—Respete, señora, respete que allí está ese niño aparaando para salir á repetir.....

—¡Ajá! ¡Le dolió el golpe! ¡Vea lo que es la conciencia del malvado!

—Señora, acuéstese un rato para que se le aplaquen los nervios ó lo que sea.....

Aquí mi tía dió un gran bramido y con las manos en la cabeza corrió á la pieza vecina, que era el dormitorio conyugal, quedándose allí. El tío se paseaba como una fiera acorralada por la sala, de largo á largo. Una que otra vez se detenía ante la ventana para mirar dos ó tres vacas que pasaban mugiendo suavemente. Las cosas tomaban un tinte sonrosado y se hacía más intensa la sombra crepuscular.

—Vaya usted á ver qué hace esa loca, me dijo.

Enorgullecido con tan importante encargo y con la supresión del tuteo, que me daba una alta idea de lo crítico de la situación, abandoné en la piel de tigre un caramelo rosado en forma de caballo que había reservado para chuparlo después de la siesta y me trasladé magistralmente al cuarto vecino.

En el centro de la pieza, que era tan espaciosa como la sala, había sus enormes fauces un baúl-mundo español, de madera forrada con grandes tiras de suela y clavos cabezones formando dibujos extraños y estambóticos en los cuales se adivinaba la buena intención, no alcanzada por cierto, del sencillo artífice, de combinar el nombre de la persona que le había encomendado la construcción de aquel vetusto artefacto. Mis narices se inflaron para aspirar un fuerte olor á sándalo que reinaba en la estancia. Dos cómodas y un escaparate abiertos, dejaban escapar su contenido que pasaba, por obra y gracia de mi tía y de su ayudante, una pícaro india de mi edad, de negras crenchas y menudo pie descalzo, á las profundidades del baúl, que tragaba sin llenarse nunca, cual nuevo tonel de las Danaides.

Sin saber cómo entablar conversación con la señora, cuyos apretados labios y contraído ceño me infundían vagos temores de que la sogá reventara por la parte más delgada, que podía serlo yo, si tomaba parte en el debate, permanecí largo rato en medio del cuarto, junto al arca, viendo acomodarse en su fondo, con gran simetría, ropa blanca, anticuados trajes de seda, pañolones y gorra de cuando la colonia, daguerreotipos cenicientos en sus marquitos de oro y negro y mil cachivaches que la anciana iba descolgando de la pared. Nada comprendía de semejante desorden, cuando la india, aprovechando un momento en que su ama sondeaba las profundidades del escaparate, se me acercó y me dió la clave del enigma.

—Nos vamos, me sopló con alegre misterio. Yo también me voy! Y con gesto irreverente y señalando hacia la sala, añadió: ¡El viejo vagabundo se quedará solo en su casa!

Volé á comunicar tan insólita nueva al tío. Las espesas cejas blancas se contrajeron, cerrando aún más el reducido espacio que las separaba y un ligero parpadeo fue su única respuesta. Enderezó sus pasos al campo enemigo y yo, juez erigido por la casualidad en aquel tremendo litigio, me acerqué á la puerta divisoria, á presenciar los toros desde la barrera y con la retirada segura.

El tío atravesó, con altivo continente la estancia y fué á colocarse ante la ventana. Su larga sombra se marcó en los rojos ladrillos y tocó con su cabeza, en muda amenaza, el centro del baúl.....

—Me voy, caballero, dijo la tía, tengo un hijo casado en cuya casa no faltará un rincón donde su madre se refugie, donde encuentre un amparo y viva tranquila los pocos años que le quedan de vida. Usted nunca ha sido muy considerado y durante cuarenta años he soportado todas sus impertinencias, pero llega el momento en que el cáliz se rebosa, en que ya no es posible aguantar más y es por eso que me voy, sí señor, me voy

—Memorias, murmuró el viejo.

—Y me llevo todas mis cosas, porque aquí no volveré jamás.....

—No puedo censurar ese propósito, contestó él con tono menos agrio. Haces bien en buscar para el porvenir el cuidado de tus nietos y las comodidades de la vida en centros más civilizados. En cuanto á mí,

como el caracol que muere en su concha, me quedaré en este caserón viejo, más viejo que yo, puesto que en él nacieron mi abuelo y mi padre y de aquí, cuando me hagan mi último traje con cuatro tablas de pino, me llevarán al cementerio y me colocarán al lado de nuestra hija.....

Aquí la voz se hizo un poco más sorda. El tío sacó un tabaco y le mordió la punta, volviéndoselo á guardar en el bolsillo del pantalón.

—Es natural que te canse la monotonía de esta vida y que desees variar un poco.

—No se trata de eso. Yo nací en este pueblo, y gracias á Dios, he tenido y tengo ocupaciones suficientes para que nunca se me haya ocurrido buscar en que distraerme. No me quejo de fastidio; me voy porque las groserías tuyas me hacen la vida insostenible.

Y en esta tónica siguieron algún tiempo, inmóvil en su ventana él y recorriendo activamente la estancia ella, descolgando de aquí y de allá cuadritos y baratijas que envolvía cuidadosamente en papeles ó trapos y guardaba en el baúl. Caía la tarde y en la vecina iglesia tocaron la oración. La excitación de mi tía era tan grande, que se limitó á persignarse sin recitar las *Aves* de costumbre. Poco faltaba para terminar su tarea, cuando se dirigió hacia un cuadro que estaba colgado en la pared y recibía la poca luz que entraba por la ventana. Ya llegaban sus manos al redondo marco, que contenía el retrato de una joven, rodeado de una amarillenta corona de azahar, cuando sintió en el hombro la mano temblorosa de mi tío y se oyó su voz suplicante que decía:

—Ese retrato no, Casimira, ese no es tuyo solo!

—Es de mi hija, balbuceó ella.

—Es el único recuerdo que queda de ella en esta casa, donde nació y murió y ninguno de los dos puede despojar de él al otro, mucho menos el que se va y abandona al viejo compañero. Si ella estuviera viva, añadió con acento tan conmovedor que su voz parecía un sollozo, no me faltaría quien aguantara con gusto mis impertinencias y cerrara mis ojos en el momento de morir.

Y su vieja cabeza blanca se ocultó en su brazo nervudo, mientras se apoyaba en la pared para ocultar una desolación que parecía avergonzarle. Las manos de la irritada anciana dejaron el cuadro en su lugar, dos lágrimas corrieron por sus arrugadas mejillas y, arrodillándose á los pies de mi tío, gimió muy quedo:

—Perdóname, Pancho; perdóname.

El la levantó y la estrechó contra su pecho y recuerdo siempre, que al juntarse en la penumbra crepuscular aquellas dos cabezas blancas, me parecieron orladas de algo rosa y oro, como esas coronas de luz que llevan los santos y me pareció también, ilusión sin duda de mi cerebro de niño, que la niña muerta sacudía su rizada cabecita y se sonreía con aire de triunfo, como atribuyéndose las glorias de aquella jornada.

Y al través de los años y de las vicisitudes de la vida, ha quedado grabado en mis recuerdos este sencillo episodio que hoy encomiendo á la tolerancia de mis bondadosos lectores.....



CUADRO DE H. HARTWICH

EL DANZÓN

—

AL GRAN POETA MEXICANO SALVADOR DÍAZ MIRÓN

—

¿Quieres, bardo genial, que te describa
el baile hermoso que en mi patria priva?

Si tu paleta mágica tuviera,
qué digno el cuadro de tus ojos fuera!

Pero, aunque débil mi pincel, lo pinta
y escoge para tí su mejor tinta.

Es, poeta, el danzón, ritmo cubano
con aires de andaluz y de africano.

Tiene las indolencias tropicales
con el cimbrar de los cañaverales.

Es al extraño disonante ruido
y canto delicioso á nuestro oído;

Música emocional que, cuando vibra,
es tósigo y estímulo en la fibra.

Esguinces tiene de elegante rango
y sacudidas gráficas de tango;

De tiple y de bandurria suavidades,
y de congo tambor, sonoridades.

Fue el danzón tolerado esparcimiento
en años de dolor y de tormento;

Reproche, al par, de intransigencia airada
contra una sociedad atribulada

Que en él buscaba elixir embriagante,
como alivio á su pena torturante,

Y que, indolente y dócil cuando esclava,
para ser libre fue rebelde y brava!

Es el danzón, para hombres y mujeres,
el más fascinador de los placeres:

Va unido á nuestra suerte y existencia,
con él celebra el rico su opulencia,

Y en él buscando goces á la vida,
mi pobre pueblo su miseria olvida!.....

Ese es el baile que el cubano sabe,
como en México el clásico jarabe,

La masurka en Polonia, en Alemania
el vals, y las cuadrillas en Rumania;

Como la jota en tierra aragonesa
y el bullidor can-can en la francesa.

Cual esos tiene en la expresión artística,
su originalidad característica.

Hay que escucharlo en la criolla orquesta
y entre el tumulto de mestiza fiesta.

Da la señal el jefe del jolgorio
con un largo bastón de Directorio.

La bailadora típica, que enlaza
en tez, sangre y pasión, la doble raza,

Imprime á la tensión de su cadera
un rítmico temblor de bayadera.

Irguiendo el busto, digno de un Tanagra,
á Terpsícore entera se consagra.

Y haciendo de su cuerpo sierpe y lazo,
se ciñe al compañero en un abrazo.

Lleva desnuda la morena espalda,
ceñido el cinturón, corta la falda,

Una cinta en el pelo envejecido,
una flor, en que el múrice ha tocado,

Del dombo seno en el macizo lecho,
y un lazo, como grímpola, en el pecho.

Los labios muestra por el centro hendidos
al desgaste de besos repetidos,

Y tras el belfo, en vívido resalte,
brilla el oriente de perlado esmalte.

Más que ventanas, al placer abiertas,
de la nariz las palpitantes puertas.

Arrebola su faz transfigurada
de sus ojos la intensa llamarada;

La exhalación de su mirar acrece
entre el negro capuz que lo guarnece,

Y es su vista cual luz en la penumbra,
cuando esta más oscura, más alumbra!

El compás con la lengua paladea
y con el pie en el piso lo rasguea.

Entregada al danzón, menos á él sorda,
con respuntes de suela el piso borda,

Y si pintar pudiera el zapateado,
luciera el suelo original dechado.

El timbal la conduce en raudo giro,
ó se aduerme, ondulante, al son del güiro

Del metal á los ecos serpentea,
ó al rumor de la cuerda se marea:

Sin sentir, aunque finge que á él se lanza,
el deleite sensual, sí el de la danza.

Retiembra en su cadera curvilínea
la morbidez elástica virgínea.

Y hay en su contorsión y paroxismo,
cual en la nota, etiópico atavismo.

Quita á su compañero el jipijapa
y la zalea de sus rizos tapa,

Poniendo nueva nota á su desgarró,
al clavar en los dientes el cigarro.

A su alrededor, con zumbo de arboleda
la desgajada muchedumbre rueda;

Baña el sudor los rostros agitados,
por la eléctrica luz abillantados;

Cien olores, en mezcla sofocante,
un perfume combinan excitante,

Y del salón se esparce en la onda tibia,
como un vaho enervante de lascivia.....

Ese es el baile que el cubano sabe,
como en México el clásico jarabe.

Va unido á nuestra suerte y existencia,
con él celebra el rico su opulencia,

Y en él buscando goces á la vida,
mi pobre pueblo su miseria olvida!.....

MANUEL S. PICHARDO.

Diciembre, 1902.

¿COMO TRABAJA EL HOMBRE DE GENIO?

¿El genio es una larga paciencia, según la célebre expresión de Buffon, ó bien como lo ha sostenido Hartmann, el cerebro genial produce su obra tan fácilmente como «manea su azada el labriego»? ¿Le basta un momento de inspiración, ó mejor aún, es un producto natural y espontáneo que se elabora de una manera inconsciente?

Todas estas opiniones, bien que contradictorias, son igualmente exactas: todo depende de la ciencia ó del arte de que se ocupe el genial, y, sobre todo, del objeto que se proponga.

I

Examinemos desde luego las investigaciones y trabajo que requieren las *ciencias de observación*.

En ellas, es preciso examinar, clasificar y comparar un gran número de hechos, que, á menudo, no están á la disposición del investigador; y todo esto hay que hacerlo antes de descubrir sus leyes generales. Si se precipita el término del trabajo, el error es inevitable. Al principio todo aparece confuso, contradictorio; pero si la acción es paciente, poco á poco todo se acuerda, la verdad crece, se esclarece y es fácil establecer los principios. Sólo á costa de una larga serie de investigaciones, en las que se han consumido ejércitos de sabios, es como han logrado constituirse las ciencias de observación.

El biólogo tiene que ser atento y paciente á la par: la paciencia le permite esperar los hechos importantes que le faltan; por la atención se da cuenta de los detalles que escapan al vulgo, y compren-

de su valor por más que sean aparentemente insignificantes.

Más, si posee un buen método puede abreviar la duración de sus investigaciones. No debe observar ni experimentar á la ventura; se guía según una *teoría* ó una hipótesis á la cual necesariamente no está sujeto y que puede modificar ó cambiar de acuerdo con los hechos. La idea directriz le permite escoger entre la multitud de observaciones y de experimentos posibles, pues todos no tienen el mismo valor. Hay algunos decisivos, que aportan á las teorías pruebas irrecusables, aunque la mayor parte carezcan de grande importancia. Estos avasallan á los espíritus mediocres, que se detienen á analizarlos y á describirlos minuciosamente y á los que pueden aplicárseles bien el epíteto de «espejos», que Nietzsche le da á todos los sabios, desdeñosamente. Sólo los genios como Lamarek, Darwin, Claudio Bernard, Pasteur, saben encontrar el hecho decisivo.

Sin idea directriz el trabajo se hace largo y dudoso. Sin embargo, no se puede proceder sino por tanteos en las ciencias no constituídas aún.

Gutenberg buscó casi toda su vida una aleación conveniente para fundir letras móviles y Bernardo de Palissy se obstinó durante años en encontrar la composición de los esmaltes, porque no tenía por guía sino la alquimia. Hoy, que se conocen las leyes químicas, podemos conocer exactamente y de antemano todas las cualidades físicas de una aligación, según las proporciones de los cuerpos constituyentes, y podemos proceder sobre seguro.

Al contrario, cuando se crea un nuevo método de investigación, provee al primer sabio que lo aplica una abundante copia de descubrimientos. Galileo, realizando la invención de un instrumento que aumentase á la vista el volumen de los objetos, creó en un solo día el primer antejo, y noches de observación después, renovó la astronomía.

Cuando aún no se ha constituido una ciencia, no se llega á establecerla sino mediante una labor obstinada y ciega: basta un acaso feliz para revelar al genio el hecho decisivo. Bertoldo Schwartz descubrió la pólvora viendo que una mezcla de azufre, salitre y carbón estallaba en el mortero. Muschenbroeck experimentó una comoción y descubrió la botella de Leyden suspendiendo un frasco á la varilla de una máquina eléctrica; Galvani, colgando á una laminilla de cobre los muslos de una rana, vió con estupor que se agitaban; Daguerre tuvo la sorpresa de ver que las imágenes se fijaban en el fondo de la cámara oscura. Sin duda, si tan sorprendentes fenómenos se le hubiesen ofrecido á un espíritu vulgar ó simplemente á un hombre de talento, el primero no les habría prestado atención y el otro no habría sabido explicarlos. También han facilitado su descubrimiento las circunstancias favorables en que se han producido.

Una vez franqueado el período de documentación, cuando el sabio posee todos los materiales necesarios, es preciso coordinar-

los y clasificarlos para descubrir la idea general, la ley que de ellos se desprende. No se trata entonces de mirar lo exterior; hay que reconcentrarse en sí mismo, y gracias á una reflexión intensa y prolongada, coordinar las ideas y descubrir el vínculo que las liga.

El primer trabajo, que consiste en hallar los materiales, tan largo en las ciencias de observación, no existe en las *ciencias abstractas*, como las matemáticas, porque en ellas el sabio conoce todos los elementos necesarios á la demostración; estas son las definiciones y los teoremas ya establecidos y basta utilizar estos conocimientos para obtener, por razonamientos deductivos, la solución del problema. Lo mismo suele suceder en las ciencias evolutivas como actualmente la física y la química, cuya filosofía y leyes generales ya están establecidas.

El espíritu genial se revela sobre todo, por la explotación de los materiales debidos á la reflexión y al raciocinio.

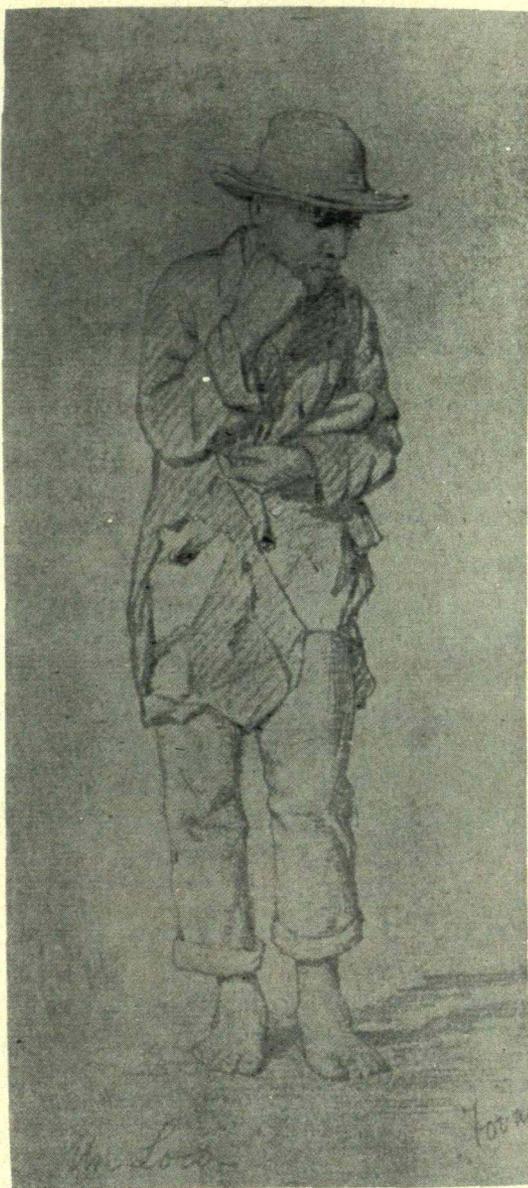
II

Si considerada la obra del sabio, tomamos en cuenta la del *escritor*, vemos que ella también debe comenzar por la solicitud de documentos; luego se coordinan, y por fin se expresan por medio de un trabajo de estilo.

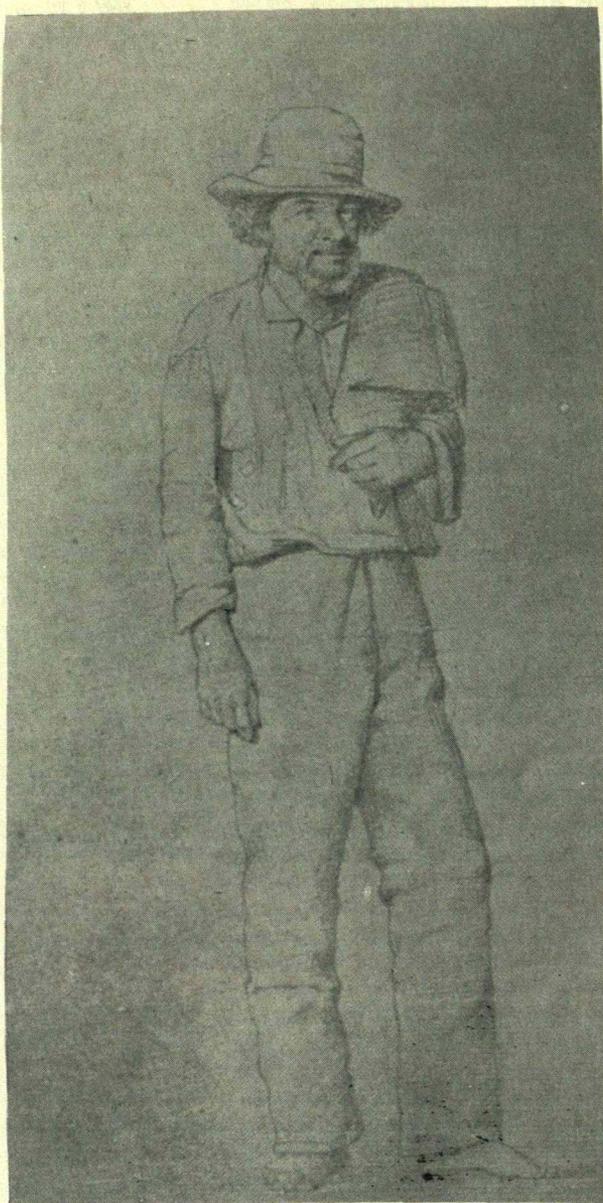
Todo escritor cuya obra no es de pura imaginación se documenta para escribirla, trátase de una novela ó de un estudio filosófico ó social. El escritor también recoge los hechos con una idea directriz, que será la razón de ser y la conclusión de su libro. Este trabajo previo es á menudo más penoso que el de estilo, pero siempre menos ostensible. El público se imagina que un autor escribe á ratos y que el resto del tiempo vaga. No hay, en realidad, oficio más rudo, cuando se ejerce á conciencia.

Tomemos un ejemplo conocido: se ha dicho que bastaban á Zola algunas horas en la mañana para realizar su prodigiosa labor; tachaba poco, y lo que escribía, con sus grandes y bellos caracteres uniformes, era definitivo. Pero no se habla de los mediodías, que consagraba á la constitución de sus cuadernos, porque se *documentaba* con exceso, recurriendo á tres fuentes de información, como lo dijo él mismo en su libro *Nueva Campaña*: «á los libros que dan el pasado, á los testigos que lo confirman; ya sea por medio de obras escritas, ya por la conversación: documentos todos, relativos á lo que han visto ó á lo que saben. Por último, la observación personal directa, lo que va á verse, á oírse y á sentirse.» Y agrega: «Si se usara indicar las fuentes de una novela, yo llenaría de notas el pie de las páginas de las mías.»

Así como la documentación, la construcción del plan y la coordinación de las ideas pueden ser muy laboriosas para el artista si la obra es considerable. Así, Balzac comenzaba una novela por un pequeño cuadro; luego, como si se tratase de un ser viviente que creciese, lo aumentaba sin cesar, por medio de datos sucesivos. Tachaba poco, pero reservaba grandes márgenes,



Estudio del natural. — Por Martín Tovar y Tovar



Estudio del natural. — Por Martín Tovar y Tovar

en los cuales agregaba intercalaciones enormes, que eran el terror de sus editores.

Guy de Maupassant debió proceder lo mismo: su novela *Ivette* no era al principio sino un simple cuento y aun se conserva bajo la forma primitiva.

Alejandro Dumas, hijo, experimentaba también gran dificultad para clasificar sus ideas. Sus piezas exigían una larga incubación, durante varios meses, aún años; luego se encerraba en una reclusión absoluta, no aceptando ni que se le llevase de comer, haciendo él mismo su café, viviendo de carne fiambre y de sandwiches y no durmiendo durante varias noches. El plan de algunas de sus piezas no lograba satisfacerle y lo retocaba incansablemente. Debutizó la *Route de Thèbes*, para llamarla *La Troublante* y buscó el desenlace hasta el fin de su vida; no quedó tampoco satisfecho de las *Nouvelles couches*, especie de sátira social.

Pero una vez que tenía su plan, se tor-

naba de un humor encantador y escribía sin fatiga aparente y en un tiempo muy corto sus manuscritos, con letra clara y sin tachas: *Monsieur Alphonse* fue escrito en diez y siete días; la *Visite de Noce*, en ocho; la *Princesse Georges*, en tres semanas; *l'Etrangère*, en un mes; el segundo acto de la *Dama de las Camelias* fue escrito en mediodía, desde las doce hasta las cuatro de la tarde. Esa facilidad de estilo ha engañado á varios críticos, que, no teniendo en cuenta el trabajo preliminar, estiman que sus obras no le costaban ningún esfuerzo.

Después de la documentación y la coordinación de ideas, aún se necesita un trabajo de estilo. Todos no tienen la facilidad de Alejandro Dumas, hijo, y la mayor parte siguen el precepto de Boileau: *Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage, etc.*

Virgilio ofrece el ejemplo clásico de esta obstinación. Dictaba en la mañana un

gran número de versos y empleaba el resto del día en corregirlos. Jamás estaba satisfecho y, moribundo mismo, ordenaba destruir el manuscrito de la *Eneida*.

La Fontaine afectaba ser perezoso. Lo era para cumplir sus deberes sociales, pero, á la vez, era uno de los hombres más instruidos y más pensadores de su tiempo. Se ha encontrado el primer esbozo de la fábula *Le Renard, les Moutons et le Hérisson*, y de este ensayo no quedan en la fábula definitiva sino dos versos.

Este hábito de encarnizarse en corregir y mejorar, puede degenerar en verdadera manía: Flaubert rehizo á *Madame Bovary* siete ú ocho veces; y algunos sonetos de Baudelaire fueron modificados cien veces.

El resultado no es forzosamente mejor: á fuerza de modificarla, el escrito puede llegar á empequeñecer su obra; á fuerza de cambiar palabras, puede llegarse á adoptar otras de valor inferior.

Un poeta contemporáneo muy conocido,

José María de Heredia, ha publicado y reinsertado siete veces diferentes la mayor parte de sus sonetos en revistas distintas. A cada nueva inserción, un verso, un hemistiquio, una palabra á lo menos ha sido cambiada, y aún sus admiradores confiesan que así bien han perdido valor sus sonetos.

Alfonso Daudet demostró el defecto de este deseo tiránico de perfección, que obliga á los artistas á recomenzar una página veinte veces. «Sé, dice, que así se agotan, se consumen estérilmente durante años en una página, cuando más en una obra, paralizan sus cualidades reales y llegan á producir lo que se llama «literatura del sordo» cuyas bellezas y tonalidades no conocen sino ellos mismos.»

Así, para no caer en este peligro, el mismo Daudet se imponía la obligación de entregar al folletín las primeras cuartillas de su obra, antes de haberla terminado. De esta manera se hallaba espoleado por la necesidad de entregar la obra completa.

Esta obsesión de excelencia hace que ciertos autores se resistan á leer sus libros reunidos en volúmen, porque les sería doloroso no poderlos ya corregir. Emilio Augier confesaba que no podía releer sus obras, porque no habría podido resistir á la tentación de rehacerlas completamente. Habiéndose decidido á releer un día *l'Aventurière*, estuvo á punto de transformarla en una pieza de cuatro actos, tal como se le representa hoy.

En cambio, hay autores que tienen una asombrosa facilidad de trabajo.

Hay que observar desde luego que si el escritor no tiene en mientes sino una obra corta, un soneto, una piececilla de versos, el trabajo de documentación se abrevia mucho: igual cosa sucede con la coordinación de las ideas y la construcción del plan, pues todo el trabajo se reduce entonces al de estilo. Si este es fácil, la obra sale rápidamente. Teodoro de Banville improvisaba sin escribir, escribía sin corregir: el tiempo que empleaba afeitándose le era bastante para una producción de veinte versos.

Catulle Mendès reflexiona un poco de tiempo, paseándose en su gabinete y fumando grandes cigarros, luego escribe del primer momento sin enmendaduras.

Podrían multiplicarse los ejemplos; pero caeríamos en autores que tienen talento sin originalidad y sin valor real. Son innumerables los escritores de ideas y de estilo fáciles: muchos periodistas pueden competir con Augusto Vacquerie, que escribió durante treinta años un artículo diario, bajo su firma, sin contar los que no firmaba; y lo hacía conversando, pulquérrimamente. Verdad es que de todo ello no queda gran cosa.

Sin embargo, ¿cuánto trabajo requiere esa facilidad?—El caso de un autor contemporáneo es significativo: Maurice Bouchor está dotado de una memoria prodigiosa y no escribe su obra sino cuando la tiene completamente fotografiada en el cerebro: entonces le dicta á su secretario, de una sola vez y sin corrección, hasta dos y tres mil versos. En su escritorio particular no hay papel ni tinta; pero importaría saber cuánto tiempo necesita para fotografiarse una obra.

DR. FELIX REGNAULT.

**

Pedí á mi corazón una sonrisa
entre el perfume quieto del jardín:
como ha llorado tanto, no se acuerda
de que hay que sonreír.

Y me dijo mi alma: ¿por qué quieres
esta noche alegrar tu corazón?
¿no es más dulce que el mundo de la dicha
el mundo del dolor?

¿Te has olvidado ya de los luceros,
esas lágrimas puras del azul,
y perfumas con flores que se secan
tu eterna juventud?

Miré á lo lejos, dentro de mi vida,
y comprendí tan plácida verdad;
y le dije á mis labios: ¿qué es más dulce
sonreír ó llorar?

Los labios entreabrieron, intentando
marcar una sonrisa de placer;
no pudieron; ¡habían olvidado
las sonrisas también!

Venía una tristeza de recuerdos
en el aire tranquilo del jardín,
recuerdos de alboradas de diciembre
y de tardes de abril.

Y mis ojos abiertos á la nada,
se inundaron de niebla y de humedad:
intenté sonreír, sentí ternuras,
y acabé por llorar.

JUAN R. JIMÉNEZ.

RAZAS VENCIDAS

Yo vi los hombres tristes descendientes de aquellos
De los lisos cabellos,
Del oblicuo mirar,
Sentarse á las orillas de sus hondas lagunas,
En los valles floridos, ó en las ásperas dunas
A la plácida luz lunar.

El nombre de sus dioses ya nada les decía.
Olvidados de Chia,
De su padre Zuhé,
Con la mirada turbia, melancólicamente
En sus rústicos pifanos un aire decadente
Citaba la raza que fue.

Ni en Siecha recibían el cacique sagrado,
Fabulo-o dorado,
Hijo noble del sol;
Ni señalar podían de Suamós el recinto
Y su templo de palmas donde vibró su instinto
El alma del fiero español.

Del grave Chimborazo por la yerma peana,
Con su altivez serrana
Noblemente los ví
Pasar indiferentes, con las pupilas duras
Clavadas como puntos en las blancas alturas
Bajo su cielo carmesí.

Parecían sus bustos fundidos en la fragua
Del ronco Tunguragua
En selecto metal;
Eran sombras errantes de la tribu de Manco
Que miraban con odio de vencidos al blanco
Y sus deidades de nogal.

Y los miré alejarse por la senda sombría
En la melancolía
Del último fulgor,
Silenciosos y altivos, con altivez de reyes
Que tenían su alcázar y dictaban sus leyes
Bajo el nevado Emperador.....

Bogotá.

MAX. GRILLO.

GRITOS CLASICOS

—
VESPERTINA I
—

Roja puesta de sol.

Bordando el domo
del crepúsculo ígneo, se destaca
la oscura ramazón de un árbol, como
la sombra de una mano abierta y flaca.

Cruza el incendio un pájaro; parece
pincelada de sepia fugitiva:
ya en lo alto el fulgor se desvanece
en un lúgubre azul, donde cautiva
y engastada en penumbras, se estremece
una pálida estrella pensativa.

Por el gris é intrincado varillaje
del bosque, la tiniebla silenciosa
va tejiendo el sutil y negro encaje;
pero aun quedan prendidos al follaje
amos de luz cansada y perezosa
entre los oros muertos del paisaje.

Estoy solo y medito;
y mientras sueño, y sobre mi cabeza
comienza á constelarse lo infinito,
abro mi corazón á la tristeza:
una tristeza santa que me viene
¡oh mi Madre, de tí, Naturaleza,
de tí que me haces soñador y artista,
y dejas que mi espíritu se llene
con un vago delirio panteísta!.....

Santa y dulce tristeza que me vino
sin que yo la llamase!.....

Cuelga en tanto
su lámpara la luna, en el divino
silencio de la noche. Y me imagino
que es una celestial gota de llanto.

VESPERTINA II

No me preguntes si la amé..... ¡quién sabe!
Cuando la ví en mi lecho, ya rendida,
trémula de pasión, como una ave
que aprisionó el deseo, dar la vida
cual una ofrenda en el altar suave
de su seno de virgen fue mi gloria.

Se estremeció mi carne entre sus brazos,
y me alejé sin penas y sin lazos
de aquel amor sin alma y sin historia.
¿Amor?..... tal vez; mas el sensual que gasta
en besos la energía y la memoria;
deshace el ideal, apura el brío,
y lentamente sorbe alientos, hasta
que se asoma en la cámara el hastío,
abre á la luz la puerta, y dice: basta:
fugaz y ardiente amor, muere de frío.
..... Pero tú no me entiendes! En tu casta
sonrisa hay burla, y á la vez asombro:
¡Ah! perdóname; apoya tu risueña
cabecita de ángel en mi hombro,
y en tu delirio azul húndete y sueña.
Abre tus alas invisibles; sube,
y busca en las celestes fantasías,
alguna blanca y vaporosa nube
que abrigue tus quimeras y las mías.
Vuelca el cáliz de oro, consagrado
y ofrecido por tu alma á mi ternura,
donde vertí, sacrílego y osado,
mi lágrima más acre y más impura.
¡Ves! ¡Qué cielo tan limpio! En tus pupilas
irradia su misterio y su pureza.
¡Qué dulces, qué apacibles, qué tranquilas
á un tiempo están la tarde y tu belleza!



ENLAZANDO UN TOIRO. Estudio del natural por Martín Tovar y Tovar.

Que tu sueño perfume mis dolores :
que arrulle mi maldad tu voz suave :
interroga á los astros y á las flores ;
no me preguntes si la amé..... ; quién sabe !

VESPERTINA III

Más, apóyate más, que sienta el peso
de tu brazo en el mío ; estás causada,
y se durmió en tu boca el postrer beso
y en tus pupilas la última mirada.

¡ Qué fatiga tan dulce, la fatiga
que precede á los éxtasis ; pereza
del cuerpo y del espíritu que obliga
á mezclar el amor con la tristeza.

Se va la luz.

Y la Naturaleza

parece que nos dice : Soy amiga
de todos los que se aman ; los amparo.
Ya os dí alcobas de flores, ya os dí asilos
misteriosos..... Descansad tranquilos
en la estrellada sombra que os preparo.

¡ Oh, buena amiga !—El alma de las cosas
sigue de nuestro espíritu las huellas ;
primero, para amar, nos diste rosas,
después, para soñar, nos das estrellas.

La luz se duerme en el zafir, lo mismo
que en los profundos ojos de mi amada ;
pero queda un fulgor en el abismo
y un toque de pasión en la mirada.

¡ Sutil y misterioso panteísmo !.....

..... Más, apóyate más ; vienes cansada.....

LUIS G. URBINA.

CRISÁLIDA

Cuando enferma la niña, todavía
Salió cierta mañana
Y recorrió con inseguro paso
La vecina montaña.
Trajo, entre un ramo de silvestres flores,
Oculto una crisálida,
Que en su aposento colocó, muy cerca
De la camita blanca.
Y unos días después, en el instante
En que ella espiraba,
Y todos la veían, con los ojos
Velados por las lágrimas,
En el momento en que murió, sentimos
Leve rumor de alas
Y vimos escapar, tender el vuelo,
Por la antigua ventana
Que da sobre el jardín, una pequeña
Mariposa dorada.

La prisión, ya vacía, del insecto
Busqué con vista rápida ;
Al verla, vi de la difunta niña
La frente mustia y pálida,
Y pensé : si al dejar su cárcel triste
La mariposa alada,
La luz encuentra y el espacio inmenso
Y las campestres auras,
¡ Al dejar la prisión que las encierra,
Qué encontrarán las almas ?

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

EN ESTE PAIS

CAPÍTULO VI

AL REDEDOR DE LA ERMITA

Se echó la noche sobre la tierra, y
con ella cesaron los afanes de aquellas
rumbosas visperas. Más, al primer cla-
rear de la aurora, allá le van cohetes,
triquitruques, tiros de mortero, repique-
teo de campanas; todas las palomas de
la aldehuela volando; todos los pechos
con corazonadas. Y no era para menos
tratándose de la clásica festividad con
que la rústica gente «doscaminuense»
celebra el aniversario de su excelsa pa-
trona.

Oh! qué amanecer tan alegre! Oh! qué
repiquelear de campanas! Si parecía una
loquilla traviesa, cascabelera, la campana
mayor de la Ermita, dando de volteretas
en el aire, prodigando notas agudas, cris-
talinas, penetrantes, arrebatadoras, como
que si el maligno y atolondrado Man-
dinga, á horcajadas, cabalgara en el
badajo.

Tras el nutrido repiqueleo, los mora-
dores del lugar, más listos que otras ve-
ces, en abandonando el cálido lecho, se
echaron á la calle á darle la última
mano á lo que les estaba encomendado:
los de las carreras de cintas, á fijar los
hilos; los de la cucaña, á levantar en la
plazoleta el alto palo engrasado, pertre-
chado de golosinas y baratijas en la em-
penachada cima; los de la ornamenta-
ción interior de la Ermita, á colocar las
ramas, y los ramilletes improvisados con
el alba, como á darle un vistazo al toca-

do de la graciosa patrona; y los que aguardaban á los reverendos Padres y á otras personas de pro á desayunar: á tender los almidonados manteles, á preparar la tintura del aromático café, á hervir la gorda leche de la vaca favorita, á vaciar la vieja alacena, donde, con antes, había buena provisión de bizcochos y bizcochuelos de San Joaquín y panelitas de Maracay, sin que por eso fueran á quedar burladas las cotidianas ambarinas arepas y las dulzonas arepitas fritas, ni á echarse menos el queso de Flandes, ni el de bola, ni el buen trozo del criollo, ni otras cosillas de gusto y regalo que nunca faltan en la mesa indígena en ocasiones semejantes.

Qué baraunda, señor!... Toda una aldehuela como un avispero alborotado, dando carreras de aquí para allá, entre el llegar de los coches y el pitar de trenes, é imprecaciones hijas de la impaciencia; porque no estaba listo ésto ú esotro, ó porque no llegaban los sacerdotes, ó los padrinos de la festividad ó los amigos; y como si la animación se comunicase de las almas á las cosas, el cielo estaba más azul que nunca, los árboles más verdes, las brisas de Petare más juguetonas en las tupidas frondas, y el soll, el picaro sol, más caliente que otros días....

Como es de suponerse, era aquel un día de estrenos de la cabeza á los pies. Cada cual lucía alguna nueva prenda, pero, la que estaba de diez mil alfileres era la familia Macapo. Misia Carmen llevaba encima negra saya de seda, adornada con pasamanería de brillantes lentejuelas, figurando aquí y acullá, en los prendidos de la falda, rosetas sobre lazos de anchas cintas, en tanto que, en el corpiño, del abultado seno á la cintura, pendían luengos hilos de canutillos, que al dengoso contoneo de la dueña, se entrechocaban, denunciándola á lo lejos, como á nuestros ababos aborígenes sus collares de pintadas cuentas. Cuanto á Josefina, no se hallaba ni mejor, ni peor trajeada, pues que, si aquellas sedas eran negras, estotras eran azules; así los pasamanos, las cintas y demás miriñaques, de colores opuestos, pero no menos costosos ni de menos bamboya. Las morochas, en relación con el boato de sus mayores en saber y gobierno, lucían trajecitos de blanco piqué, sombreros de amplias alas, cogidos bajo la barba con luengos lazos de cinta, lo que daba á sus facciones frescas y despiertas, un airecillo mongil. Don Modesto, en aquella ocasión, estrenaba calzones color de flor de romero, negra levita, pumpá de los que llaman «café-con-leche», amén de los dijes de su gruesa leontina, de las sortijas y anillos que en el meñique y anular ostentaba, con los que, por su medio, creía mostrar más riqueza de la que su hacienda le permitía, no solo por vanidad, sino como anzuelo para atraer á sus mercantiles empresas á los que juzgan al hombre, de puro incautos, por la indumentaria, por el espejismo de la facha. Ahora, por lo que toca á Paulo Guarimba, ni de lejos, ni de cerca se le podría descubrir, que así venía de embotinado y con negros calzones de paño, camisa rizada, liqui-liqui blanco, con pespunte rojos, jipijapa como un copito de algodón; peinado, perfumado, contento, feliz como una rana al borde de un pozo en verano....

Para el tercer repique, ya estaba la

aldehuela que no había de gente: á lo largo de los caminos, con el fresco de la mañana, no se veía otra cosa que chicos, mujeres, hombres en carretas, á burro ó caballo, ó bien, humildemente peatones, que acudían á ella como mariposas á entradas de aguas, cayendo de improviso y en bandadas innumerables sobre la florecida sementera. Así mismo llegaban forasteros, hijos de todos aquellos pueblecitos ó caseríos próximos á Los Dos Caminos, que aparecen acurrucados á las faldas ó encaramados en las colinas del hermoso valle de los indómitos caracas, en donde, cuentan los grandas vates, reina perennemente la estación vernal.

La familia Macapo, como gente principal, tras el último repique—y a falta de carruaje, lo que traía desazonada á Misia Carmen,—echó á andar hacia la Ermita, con toda la prosopopeya del caso en personas que daban lustre y esplendor á la media docena de casucas amparadas en aquella encrucijada. Abrían la marcha, las morochas, conduciendo entrambas, atado á un cordón rojo, á un gozquecillo majadero, rabicorto, muy en moda aquellos días entre las gentes de rango; luego, Josefina, quien, con la una mano recogía primorosamente las faldas, en tanto que, con la otra mantenía abierta su sombrilla de blancos encajes y tules violeta, dirigiendo miradas al soslayo, las que aparaba Paulo, el cual, alejado del grupo, venía mohino, descontento: así como ella rebosando alegría y ambos sin saber por qué. Misia Carmen y don Modesto cerraban la marcha, aquella, esponjada más que nunca, con mal-humorado gesto, porque sus plantas tocaban el suelo. Miraba por encima de sus lentes de oro, á todas las personas que no calzaban como ella y sus hijas, apoyándose en el brazo de don Modesto, el cual, erguido, con la cabeza hacia atrás, altivamente mostraba su busto de hombre importante, sin llegar á suavizar lo toscos de sus facciones, las sonrisillas protectoras que desgranaba á ambos lados de su vía, en retribución á los saludos de los convecinos, siempre que éstos se detuvieran para dejarle pasar, pues, de lo contrario, tosia y carraspeaba y se enseriaba hasta lograr imponerse en el ánimo de los gregarios lanudillos quienes, sin premeditada intención, le revolvían la bilis.

Camino de la Ermita, toparon los Macapos con los Pichirres. Estos también venían galanos, aunque nada se traían áuestas, á no ser unos años y unas arrugas más. Don Toribio lucía un levitín que más semejaba una chaqueta por lo encogido de los faldones. Ceñíase unos pantalones color de araguato, un si es no es tornasoles, y amedrentaba á los transeuntes con el perpetuo amago de su pumpá de resorte, tan alto como un torreón de trapiche; sin embargo, esta adquisición era modernísima en relación con las otras prendas de vestir, cuyo origen se perdía en la noche de las mocedades del buen señor. Además, en tal ocasión hacía de lazarillo, pues traía como rabiada á la cuarta de faldones de su levitín, á su consorte, quien caminaba como jugando á la gallina ciega, entre tropezones y refunfuños, enjamada, si no con prendas de abolengo, por lo menos con reliquias aún vivas de su boda.

Magalo les seguía como pisando sobre

flores, á causa de los zapatos prestados, que eran más que grillos para quien no estaba hecho, sino á alpargatas de primera. El resto de su indumentaria lo traía como asfixiado, pues los calzones eran cortos de piernas y estrechos de fondillo; el saco,—sin capacidad para las anchas espaldas y el musculoso pecho,—se encogía en los brazos hasta el codo, por todo lo cual no se atrevía el buen hombre á resollar grueso por miedo á un estallido de las costuras. Vestía, como se vé, de puro rebote, sin que por esto llamase á nadie la atención, aunque grandes y chicos, jóvenes y viejos, descubriesen á leguas al dueño primitivo de cada retazo de la colcha. No dejaba por ello el regodeado Magalo de contonearse cuanto sus pies se lo permitían, sin importársele dos alpistes las pullitas de sus vecinos indiscretos.

—«Buenos días!, don Toribio. No corra usted, que siempre llegaremos á tiempo»—dijole el Macapo á su amigo en lo que se tropezaron; más, el otro, sin detenerse, le replicó:

—«Cómo! si ya han dado hasta el último repique!»... Y continuó aún más á prisa su marcha, sin pararse en los mil tropezones que cosechaba la ciega, ni en el emberrenchinamiento de Magalo, quien, para lograr algún alivio á sus pies engrillados, sentándose á la vera del camino, se había descalzado, y tomando los botines por los orejillos, risueño y feliz, daba alcance á sus hermanos, silvando iguanas.

No le faltaban razones á don Toribio: adelantada iba la misa, y la concurrencia era tan numerosa, y los reclinatorios, escaños y espacios en el recinto sagrado tan reducidos, que, los fieles, en su mayor parte, para no perder la fiesta y para cumplir con la Iglesia, se postraban de hinojos en la Plazoleta, alfombrada de pezuas y manzanillas, bajo arcadas de palmas y ramizas olorosas.

Gracias á los quilates de don Modesto, sin mayor esfuerzo, la concurrencia le dejó llegar hasta las sillas que, con antelación previsora, había él mandado de su casa, sin que por esto, á sus espaldas, entre sonrisillas y guiñadas, no se alzara el sordo y malévol murmulo de la crítica.

En su interior, la Ermita semejava algo como una gruta enflorada y radiante. Las encaladas paredes enramadas, entre brisera y brisera medio cubiertas de vaporoso tul, ornábanlas luengas cintas á manera de cenefas ondulantes de matizadas flores. En el fondo de la acanalada nave, el altar, todo dorado á la luz muriente de los cirios espigados, cintilaba como destello solar sobre el escarcear de las aguas.... La imagen de la Patrona excelsa, sobre exornada peana, abrumaba con su gloria y pesadumbre la fuerte mesa de caoba, oculta á los ojos del creyente bajo paños azules con galones de oro y estrellas argentinas, al vivo llamear de las bujías, en medio á la profusión de búcaros de nardos, de azucenas y lirios y ñongués reales y flores de oropel. Gloriosa y plácida, parecía recibir la Patrona el devoto homenaje de la Grey. Los aromas punzantes de la pezgua, traída de las cimas del monte avileño, y el incienso, quemado en el braserillo de plata por el monaguillo vestido de azul y rojo, saturaban el ambiente, predisponían el ánimo al recogimiento místico, hacían brotar de lo íntimo,



Estudio del natural - Por Martfu Tovar y Tovar

los chasquidos del látigo que un auriga de librea, desde el trono de su alto pescante en un carruaje de lujo, repetía impertérrito rompiendo los aires silenciosos, como pidiendo vía libre para dejar sus pasajeros á los mismos umbrales de la rústica vivienda de Aquel, que nacido en humilde pastoria, allí fue objeto de la adoración de los sabios y más tarde de la de los reyes y muchedumbres... Pisotones y rasguños, miradas asesinas, puños trocados en mazas, risotadas que lloran, ternos,—florescencia del pantano—, brotaron del seno de la revuelta é indignada concurrencia de la plaza, á la brutal acometida del tufoso cochero, en tanto que, tras menudos y coquetos piccesillos de hada, echábanse fuera del vehículo tres cuerpos gentiles, tres chicas comparables á las Tres Gracias iluminadas por un sol en toda su gloria...

Y, como otra campanada, dominó el oleaje de los airados murmullos de la grey, el ya conocido vocerrón de Magalo; exclamando:

—«Quiénes habian de ser, sino las Rochelas de Petare!... Y que no desfondáraseles el calesín, caray!»

Pero con tal antipatía y rudeza brotó del alma aquella exclamación, que, hasta los mismos sacerdotes, con los ojos muy abiertos, inquirían quién pudiera ser tan quisquilloso feligrés, y, cata! que descubrieron la bestial caraza de Magalo, echando chispas los torcidos ojos, contraída la boca por gesto de honda cólera, y tan horrible, que de puro espantable ponía de punta los pelos al menos asustadizo observador...

Gallardas hembras, las Rochelas de Petare! Bellezas soberbias las de aquellos tres desemejantes tipos! Parecían tres encarnaciones estéticas de un pueblo, el cual no ha desarrollado por completo su naciente conciencia nacional; urnas donde ha cuajado heterogénea florescencia, deslumbradora y vistosa, como esas grandes flores salváticas á las cuales corre á apagar la sed incontinente de sus amores, alada tropa de insectos, pero cuyos cálices, aparentemente resistentes, se pliegan inodoros, moribundos, á un solo ardiente beso del galante Sol. Tales eran Emperatriz, Susana y Gloria, no para describir en vil detalle, sino en frase relampagueante y sugestiva, así como debiera siempre describirse á la mar alborotada, á la nube encendida por el rayo, á la catarata espumante y rugiente... Más, ahogando nuestro número de bardo no sujeto á la esclavitud de la rima, cerraremos los ojos ante la plástica belleza de las líneas, á fin de continuar tejiendo el hilo humilde de ésta á medias urbana y rústica historieta, cuestras arriba hasta alcanzar con mano agradecida el gajito de frutos aromados de nuestros sueños.

Alta, esbelta como las palmas de la abrasada llanura; de castaña y sedaña cabellera, como las hebras lacias y tostadas de la cuajada mazorca del maíz; con ojos en que brillaban las tintas de la flor del tabaco, y en cuyo fondo parecía haberse quedado adormecido un negro pegón: tal era Emperatriz...

Susana, á quien llamaban la «negra», recordaba el durazno aguarende en su piel morena y dulcemente velluda; y en los ojos y en las trenzas, el plumaje del ave que en los trágicos días de la matanza anda infatigable peregrina en pos del banquete de la muerte...

—«Caray! con la ciega, que me trabaja la pita!»...

Los doscaminuenses, como cosa de familia, perdonaron gustosos aquella irreverencia, pues bien se sabían ellos cómo se andaban á regañadientes tales perros y cuales gatos; ni se preocupaban siquiera de lo que pudieran decir sus muchos huéspedes; porque, si aquella basurilla en sus ojos veían, ay! de ellos!, y sus vigas, viguetones y chamizas, que para cuentos de comadre, se traían á diario de la ciudad á donde, con el alba, iban con sus asnillos cargados de legumbres y tornaban con la fresca tarde, á lo largo del camino, comentando hechos, pero ¡qué hechos!, de espeluznar al mismo Guardajumo con ser quien era, hombre que de puro travieso murió ahorcado. Más, como un cabo nunca anda suelto, á poco de lo acaecido, cuando ya iba á comenzar el sermón, en medio del más profundo silencio, pues solo se oía, como cuchicheo remoto, el monótono zumbir de las abejas y ericas al rededor de los nardos y los lirios de la enflorada Ermita, allá, en la plazoleta, los feligreses, á quienes el sol acariciaba en las molletras desabriganadas y traía quisquillosos, se arremolinaron en són de protesta, ante

como renuevos primaciales, la plegaria, fervorosa, suave como las melódicas armonías del órgano, cuyas voces, á veces humanas, parecen gemidos de un alma desolada, y al repercutir en los ángulos de la nave, ciérnense sobre las cabezas abatidas, enfrenando las torpes y mezuquinas pasiones que, cual fieros cachorros de jaguar americano, dormitan en perenne acecho allí, en la nobilísima entraña, donde, acordes los poetas, opinan que florece el encendido rosal de los amores.

Reinaba en la Ermita leve murmullo de oración que se desgrana, entrecortado solo por la voz del preste y el retintín de la campanilla, guía de los fieles en el oficio divino, cuando, inesperadamente, la Pichirre, con voz áspera y gruesa y como hablando consigo, dejó traslucir el pensamiento que la dominaba, diciendo:

—«Hasta cuándo misa!... Ya Magalo me estará robando los huevos y curucutando en mi cuarto!»...

La hilaridad general contestó á aquella voz rencorosa, dando lugar á hirientes cuchicheos, en tanto que allá, en la plazoleta, resonó un vocerrón que decía:



CUERPO DEL CAPITAN ROELOJ BICKER. — Cuadro de B. van der Helst

Gloria no es rubia, pero tampoco morena: piel de nardos desbotonados con el sol, ojos claros, fragua de ígneas saetas... Las tres igualmente voluptuosas, con la cándida voluptuosidad de la paloma; y perversas, con esa perversidad inconsciente de las niñas y de las fieras en su primera edad. Ardientes, como un medio-día de la tierra; incautas y simples en su afectada coquetería, aprehendida al azar en la lectura de novelones de aventuras de capa y espada; y, como todas, hermanas ideales de Julieta, princesas del bosque durmiente, quiméricas y vanas... florecillas silvestres en búcaros áureos.

Tal espléndida hermosura, era, no obstante, racimo de flaquezas: orgullosos y vanas, el mantuanismo de las preciosas criaturas rayaba en perrería... Como se ve, eran oriundas de Petare, en donde de abolengo poseían rica hacienda, así como una hermosa casa en Caracas, y mucho más y mejor que esto, valiosas relaciones de familia con lo más encopetado del país, pues que no había tronco de cepa añeja y castiza á quien no contasen por algo en la tramada y limpia ramazón del árbol genealógico; circunstancia ésta que en vez de constituir las en ornato y gloria de la ciudad humilde, hacía de ellas más bien el tormento y el verdugo, desde luego que, en cada cual de los encogidos vecinos petarenses, veían convencidas, ora un esclavo rebelde á sus amas, ora un manumiso arrebatado á su obediencia; razones suficientes para que allí no se las amara y para que tampoco se las ofendiese.

Como es de suponer, las Rochelas encontraron buen sitio junto á las Macapo, pues que se estaban de antiguo ambas familias estrechamente amistadas, y érase la una muy digna de la otra, como que se iban juntas por agua á la fuente y al mismo pozo de vanidad donde zambullían como renacuajos de la misma camada.

—No ves, niña?—dijo Emperatriz á Josefina, quien hallábase á su lado; y ocultando tras el abanico la entreabierta granada de su boca, repitió con un bisbisar mongil:

—¿No lo ves?

—No, querida, ni veo, ni oigo, ni siento nada.

—Pues, niña, mira allá, á Julio Monifato! Creo que se ha traído hasta monóculo. ¿No se te parece á aquel conde austriaco que nos presentaron en el baile de Conchita Arenas? Es su «vera efigie», como diría Guaro, á fuer de periodista erudito.

—A no ser por tí no habría reparado en él... No he quitado los ojos del libro.

—Pero qué rezanderita estás! Deja eso para cuando seas cotorróna como la tía Teotiste, quien se nos ha convertido en espanta pájaros, pues, si no fuera por un bendito resfriado, ya la tendríamos aquí, pegada á nuestros fustanes y refunfuñando como la negra Tomasa.

—Chica! Déjate de hacer olla para el diablo; mira que le tengo hecha una promesa á la virgen.

—¿Oíste, Susana? Josefina promete á la virgen... No será ésta como la promesa de aquella tipa á San Antonio?...

—Quizás! Pero le deseo mejor suerte, porque aquella nunca consiguió novio.

—Mira, mira, Emperatriz!—dijo en esto Gloria, hasta entonces no preocupada de otra cosa, sino del examen detenido de la concurrencia.—«Mira hacia acá, con disimulo, á las que están recogiendo para la Ermita. Yo no conozco á esa gente.

—Caraqueñas son, Gloria. Ve si nó los displantes con que se acercan á Julio Monifato, para arrancarle la limosna. Y la manera de llevar el traje, es de caraqueñas puritas: andan como si el mundo todo estuviera pendiente de ellas...

—Serán; pero á mí me parece que también pueden ser unas percusias. Nunca he visto esa gente en ninguna parte—observó Susana, sin quitar de encima de las recaudadoras sus ojos negros siempre dormidos.

Como es de notar, á causa del menoscabo con que miraban á los demás, las Rochelas usaban por pasatiempo el malaventurado invehir. Y así fue que en aquella ocasión no hubo paciente, entre los seres y las cosas, que no dejase tiras de su piel en las aristocráticas tijeras. Ni la aldehuela quedó ilesa: á sus campos cultivados tildaron de sequeros; á sus moradores, de montunos, lanudos y gentuza; y, á la gloria de la aldea, á la blanca Ermita, oh! sacrilegio!, apodaron trampajaula; amén de los huéspedes, á

quienes, salvo á Julio Monifato, dejaron en cueros, tostados y molidos. En su incensante invehir no pararon hasta el desguace de las reputaciones, pues solo ellas, las Rochelas de Petare, salieron sin máculas é intactas, que, cuanto á las de idéntico apellido, oriundas de otros pueblos y lugares remotos ó limítrofes, apenas si eran unas blanquitas de orilla, mulatas, zambitas, tiñosas, cambadas, manumisas y... pare usted de contar vocablos despectivos, si no quisiere pasarse una hora larga enumerándolos jadeante.

Para descargo de las Rochelas, habremos de observar, que semejantes murmuraciones y facecias de mal género, eran aplaudidas por los oyentes, aunque con todo el miedo posible, ya que se estaban más que convencidas de haber de ser pasto de aquellos endiablados ingenios maldicientes tan pronto como volviesen las espaldas.

Finalizado el sermón, repicaron de nuevo las campanas; rompidos fueron á su vez los aires por múltiples cohetes de fábrica extranjera; reventaron por entre las piernas de la chiquillada, triquitraques y buscapies, y tronaron en las cuencas vecinas los disparados morteretes. La muchedumbre acalorada, ansiosa de sombra y frescor, se dispersó por las calles en busca de oxígeno para los pulmones, fresca para la piel que trasudaba á chorros y también en pos de refocilantes para los estómagos, excitados por el agetreo de la mañana y los calores del apeñuscamiento: se apiñaba ahora ante los provistos azafates de las dulceras, cajones y mesas de los ventorrilleros improvisados, los cuales, en torno á la plazuela habían establecido sus cuarteles, ó, como decían las Rochelas, «sus trampas de coger centavos». Había allí para todos los gustos: desde el ordinario gofio hasta el aristocrático merengue, factura de la crema social empobrecida por los infortunios. Sobre tablas, que á su vez descansaban en barriles vacíos lastrados con pedruzcos, lucían torres de alfajoles, conservas de coco melcochadas, suspiros, besitos y naiboas y aun pastas de confitería, y en tuestos de arcilla vidriada y superas de porcelana, frutas en almíbar. Cuanto á refrescos había poco que desear: desde el embriagador acupe—remiscencia atávica—hasta el caratillo de



BANQUETE DE MILICIANOS. — Cuadro de B. van der Helst

arroz, recargado de rajitas de canela y cogollitos de limón. En materias estimulantes, á más de las del improvisado botiquín, no faltaba ni bota ni porrón, y por adehala ó ñapa, la botella de anisado, ó el perfumado cintaverde, ó cualquier otro bebedizo resquemante. Y en materia de frutas no había un más allá: la preñada patilla, incitaba con su vientre lustroso de un verde tierno, á ser desbandullada; la lechosa digestiva y la oliente cajúa, atraían las miradas de los dispépticos, quienes pasaban desdeñosamente ante los racimos de bananos, desde el grosero topocho hasta el titiario delicado, y se detenían, navaja en mano, y atacaban con entusiasmo las naranjas, duraznos y limazas, amontonados en pilones sobre cobijas azules y encarnadas....

En tanto que vendedoras y ventorrilleros hacían su agosto, y el barullo era tal que nada se entendía, las señoritas encargadas de la colecta á las puertas de la Ermita,—dos espidadas mozas en la flor de la juventud, con la sonrisa en los labios, y el rubor cuajado en las mejillas,—se lanzaron en medio á la alborotada multitud, presentando mansamente sus guarnieles á la esquivada mirada de los golosos, en busca de la caritativa donación. Pero, á su paso, disolvíanse los grupos de un puesto para reorganizarse en otro, huyendo de las sonrisillas comprometedoras de las damas y de las hostigantes fauces de los guarnieles. Ello daba lugar á graciosas pantomimas, pues había quienes, como si jugaran al «gárgaro malojo», andaban ocultándose, corriendo de aquí para allá, tras las empañadas ó los pilones de naranjas y golosinas, y otros, como picados de tabano, presas de angustia honda, entre el saborear una de coco ó engullirse un titiario ó un merengue, saltaban azorados de la sopera de frutas en almíbar al garrafón del guarapo de caña, echando miradas hacia atrás y al soslayo.

A semejantes artimañas, las doncellas, haciéndose las mosquitasmuertas, en vez de plomo caliente para el enemigo que

huía, tendíanle puente de plata. Dejábanlos regodearse en los puestos de chucherías y en los botiquines, mirándolos con ojos burlones ó compasivos, haciéndoles enrojecer hasta la raíz de los cabellos, ó bien, las de la recolecta, acercábanse pausadamente hasta el sitio en que el más humilde populacho se divertía jugando á los bolos entre apiñados mirones, y obligábanlos con su sola deslumbradora presencia, como á lanudillos que eran, y además, no hechos á co-dearse con damiselas tan bien y honestamente enjaminadas, á hurgar en el bolso de sus fajas de pintarrajeados colores, entre corridos y gustosos, el centavo de cobre, ó caso de no hallarlo, á deshacerse, muy doloridos en lo hondo de sus almas cándidas, del viejo y manoseado pitador de plata. Acrecieron el caudal de los carrieles también, los que jugaban á los dados boca abajo sobre cobijas abigarradas, á la sombra de soportales de caserones mal enjalbegados, pues al ir hacia ellos las limosneras elegantes, cesaba de pronto el empedernido «paro y pinto», el jugador mascujaba alguna oracioncilla, santiguándose compungido con la propia ofrenda que dedicaba á la patrona del lugar, satisfecho de su obra, y la deslizaba en la bolsa pediguëña, repitiéndose la operación á lo largo del camino y las callejuelas.

Con el traqueo de los últimos cohetes, la calma tornó á la aldehuela; las asustadizas palomas dejaron de escribir círculos concéntricos en el aire, descendiendo á picotear en la asoleada techumbre de la Ermita, entre arrullos y requiebros; y, como no había familia en el lugar que no recibiera bajo techo y á su mesa, por lo menos media docena de convidados al sancocho de gallina, el pernil de marraño y otras cosillas apetitosas, en breve, las callejuelas y la plazoleta fueron quedando desiertas, bajo el mismo bochorno de todos los días, pues, del cielo, que centelleaba como una lámina de zinc, parecía derramarse á chorros impalpables la modorra, la cual, si es verdad, que bajo el césped adormita á los lagar-

tos, puebla también la umbría con la agreste canción veraniega, ensayada en los dúos del grillo y la chicharra.

A lo largo de los rojizos caminos se alejaban las carretas y los pesados carros tirados por panzudos y somnolentes bueyes, aquéllas y éstos enramados de verde sauce y bajo toldos de chillones colores; alejábanse dejando tras sí, entre el chirriar de sus goznes, el sonoro respunteo de los «cuatros», el chunguear de las maracas, rumor de risas, chispeantes charlas y eróticas canciones, pues la no olvidada botella de anisete, viajando de mano en mano, rebosaba la copa de la buena alegría en almas de suyo monótonas y melancólicas; porque el campesino venezolano refleja por modo sensible la uniformidad de la naturaleza que le rodea y el medio social que lo produce.

La familia Macapo, como es de suponer, fue de las primeras en abandonar la Ermita; esto con la misma prosopopeya con que se había dignado llegar á sus umbrales, pero llevaba ahora consigo á sus contadas amistades: á las pizpiretas Rochelas, á Julio Monifato, á Gonzalo Ruiseñol, al matrimonio Pichirre y al periodista Guaro; persona esta última de suma importancia en aquellos momentos, por ser, como lo era, el cronista de la festividad, motivo éste por el cual varias familias se lo disputaran, tocando la gloriosa adquisición á la de Macapo, gracias á un protector apretón de manos y á ciertos esguinces de mando del fachendoso don Modesto.

Guaro...! Pero, ¿quién no le había de conocer entre los descendientes de Paramaconi y Guaicaipuro?... Guaro, Guarito, como le decían sus íntimos, era persona para mucho; era de los que tienen por consigna «no preguntéis de dónde vengo, sino para dónde voy»; hijo de sus obras, y esas estaban allí, en los diarios de mayor aliento de la ciudad de Caracas, en los cuales se peleaba ahin-

cadamente su colaboración, en tanto que los periodiquillos de á centavo adoptaban en sus columnas sus facecias celebradas... Guaro! Un cachito de cebadilla: por donde se le buscaba, se le hallaba, y redondo, completo. Proverbial era su actividad, y de ahí su fama, pues se le tropezaba donde quiera, listo á echar un párrafo entre dos copas, un soneto á cualquiera Laura criolla en «sus días», y, aunque más de un envidioso colega, (gente terrible por aquello de lo del mismo oficio) atribuía tal renombre, no á virtud alguna apreciable de su intelectualidad, sino á obra de su refinada malicia, era lo cierto que Guaro, Guarito, contábase entre los escasos mortales que ven espigar la propia fama ó asisten á la propia apoteosis... A más de activo, érase Guaro muy cortés, y en soplandole á los oídos alguna noticia, por insubstancial que fuera, ya se le veía con el rollo de cuartillas en la mano, tomando nota de la chismografía universal, entre expresivas demostraciones de agradecimiento, rematadas siempre en brevisimo y elocuente discurso, en el que derrochaba las galas de su ingenio, á la manera con que los dragones y angelotes de las fuentes públicas, derraman y avientan el precioso liquido por fauces, ojos y narices.

Con semejantes prendas y un aditamento de noticias enciclopédicas, Guaro se habia hecho el cronista imprescindible, la pluma necesaria, el censor solicitado, el periodista providencial... El hombre no perdía ripio: del banquete oficial á la jira campestre, del matrimonio al bautizo, del enterramiento á los funerales. En la Gallera, el lunes; el domingo en la tarde, en el circo de toros; en cambio, en la tertulia de alguna corista criolla ó bailarina italiana, ó en las «tandas»... y, al no acontecer así, murmuraba con cierto desagrado la gente: se maguó la fiesta!

La facha era un fiel trasunto del ingenio: flacuchento, menudo, gipato, con piernas y brazos que parecían gritar las agudezas guarinas antes de asomar éstas á los labios de aquel saco andante de miserias físicas. Ojos tenía muy vivos y movibles, boca rasgada y nariz de ave mazorquera. En el traje, gastaba poco adobo y mucho desgaire, amén de alguna caspa sobre el cuello. Airecillo de poelastro con puntos de agente de negocios tenía; y semejava, cuando puesto sobre sus fondillos, una etcétera, y cuando sobre sus pies, un espanta-pájaros....

Apenas si tuvieron tiempo, al llegar á la Estancia, las Macapas con su cohorte, las damas, de perucidir la tez con polvos de arroz, y los caballeros, de vaciar sendas copas del más estrellado brandy, cuando se les llamó á la mesa. Esta se hallaba dispuesta bajo los árboles,—sorpresa que don Modesto guardaba á sus amigos—, junto con dos mesoneros de alquiler, antillanos, por más señas, encasacados, enguantados y encorbataados, y más negros que tizones sin fuego ni cenizas, pero listos y sabios en su oficio, como dos monos de circo; adquisición que, por otra parte, traía alarmada la curiosidad de los autóctonos lugareños.

Gayas flores en ramos majestuosos y exuberantes, donderno faltaba la púdi-

ca rosa abrazada al encendido moco de pavo, ni el altivo capacho, recostado sobre un verde tierno, hacían juego con los «centros» y fruterías, en las cuales, de antemano, acidulaba la boca la jugosa piña del Hatillo, prez de la cornucopia de la Zona Tórrida, en medio del lujo de los postres y confituras, obra de las delicadas manos de Josefina. Allí alzaba su frágil torrecilla el tradicional ponqué, incitaba con su dorada epidermis, el pudín de jojotos y se esponjaba la gustosa colineta, luciendo un manto de grageas constelado de confites perlinos, á la vez que los leones calmudos y pensativos y las tortugas de pulpa de guayaba y de membrillo, miraban con dormidos ojos los enormes racimos de uva guatiereña, desmayados sobre alguna fuente, y á las botellas en las cuales exprimió sus caldos generosos la parra de Guatiere y la industria laboriosa del cura de aquel pueblo.

Ocupó don Modesto su sitio habitual á la cabecera de aquella mesa cuya variada exuberancia habria dejado satisfecho al más descontentadizo epulón, y tomó misia Carmen á la diestra el suyo, acomodándose las demás personas como lo tuvieron á bien.

Se comía allí y se charlaba con gusto verdadero, ya que el tintillo guatiereño no escaseaba para regalo del estómago y estímulo de la lengua.

El revistero Guaro, como hombre del oficio, saboreaba concienzudamente cada plato, gustaba despacio cada postre y golosina y veía á todo con mirada escudriñadora. Julio Monifato echaba flores á Josefina, lánguidas miradas á Emperatriz, sonrisas sospechosas á Susana y palabras melifluas á los oídos de Gloria; en cambio, las tres Rochelas, igneo chisporroteo de dardos envenenados por la mordacidad de la critica, alcanzaban con estos á Gonzalo Ruiseñol y á sus innovaciones, á don Toribio Pichirre y á los negritos antillanos.

Mientras así regalaban los de la mesa estómagos y espíritus, en la cocina se hacia servir doña Epifania de todos los platos, alapuzando de sobras á Magalo, el cual, para más comodidad, habia ido abandonando las emprestilladas piezas de vestir, y, quedándose, como siempre, en camisola, supuesto que esotras se las habia calado encima de su indumentaria habitual y característica.

Gonzalo Ruiseñol, inspirado por el tintillo, amén de uno que otro traguito del de «consagrar», entre las agudezas de Guaro y las sentencias de don Modesto, salía poco á poco de su mutismo, y echando mano á su chilladura, decia á Guaro, que le quedaba al lado:

—A los periodistas entendidos como usted es á quienes toca venir en ayuda de los agricultores iniciando al Gobierno en el conocimiento de ciertas medidas provechosa á todos....

—En ese camino me encontrará usted siempre dispuesto. Hacer de mi parte toda la obra posible del bien en servicio de las buenas causas, es mi fin gremial—apuntó Guaro con la boca completamente llena de substancias masticables.—Y Ruiseñol, sin prestar oídos á lo que le decia su vecino y como impulsado por íntima fuerza superior, proseguía su discurso, cortando la palabra al representante de la prensa:

—Hasta cuando, señor, esa perniciosa costumbre de conucos, talar la montaña

para abandonarla luego, arruinando así, alevosa y paulatinamente al país? Porque usted deberá de saber que semejante práctica trae el empobrecimiento de la tierra: en la montaña talada y abandonada, cada aguacero equivale á un lavado de la capa vegetal, dada la situación de los terrenos. Y ello arrastra consigo, además, otra suerte de males y calamidades, como son las variaciones atmosféricas, nocivas no solo á las plantas, sino también al hombre y á los demás animales....

—Ah!, señor Ruiseñol!—dijo al fin el periodista, después de haber engullido recio bocado.—No sólo usted madruga: ya en días pasados escribí algo sobre la materia, pues, como usted opina, la abundancia de conocimientos agronómicos hace falta, y mucho en este país. Yo, en la crónica que me propongo escribir de esta festividad, al hablar de esta aldea de ciudadanos laboriosos y tocante á las clases pobladoras, asomaré alguna de mis ideas sobre el particular.

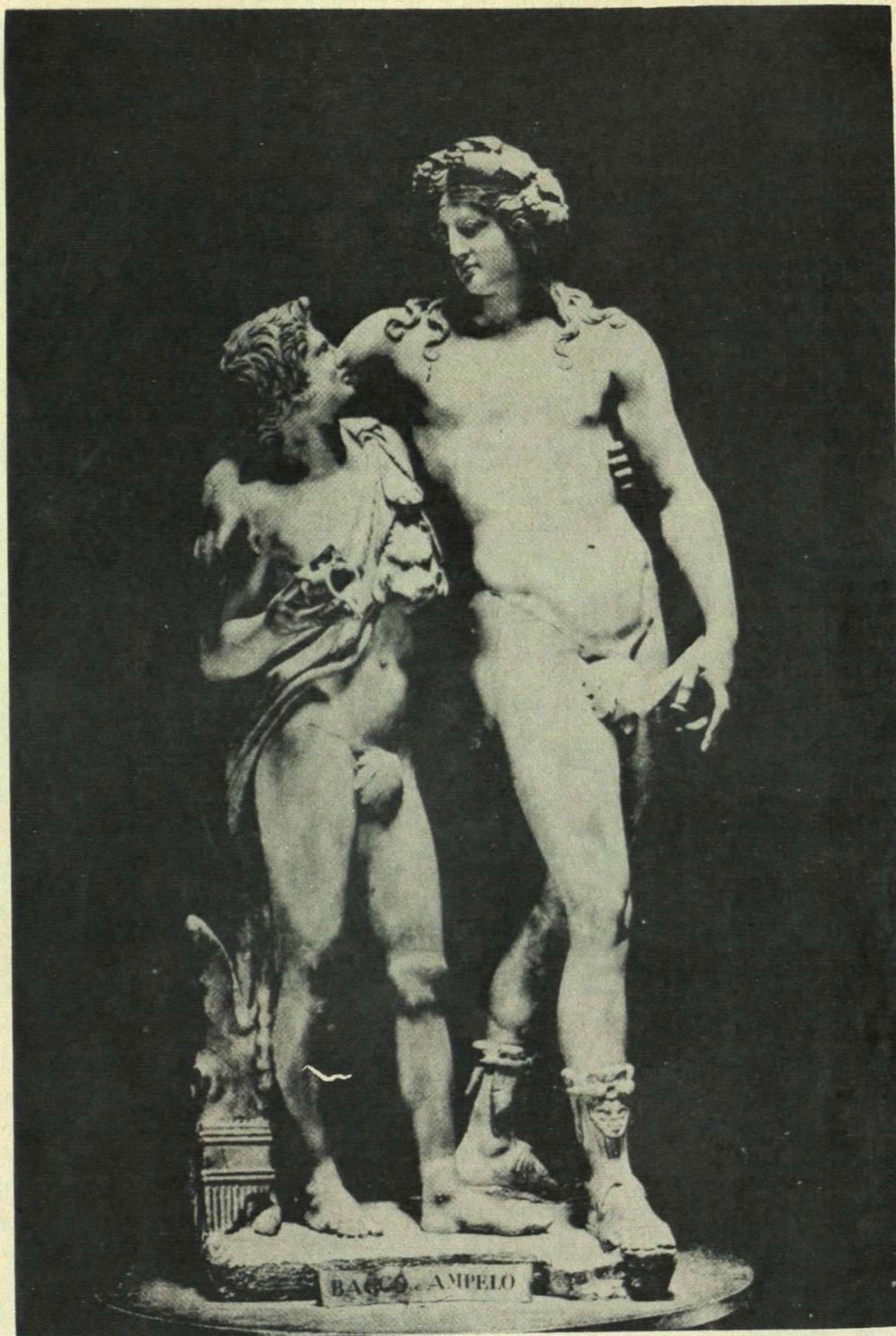
—Hágalo usted, señor Guaro, á ver si se logra modificar la mala costumbre, como también diga usted algo respecto á la iniquidad de esa guerra constante á los bosques del Avila, no tanto por nosotros, pobres agricultores, que vemos escasear el precioso elemento de la agricultura, el agua, sino por ustedes, los caraqueños, que miran impassibles languidecer su ciudad como una planta sedienta....

—Tate! Tate! señor Ruiseñol: esa sí que es cosa peliaguda en que yo no me meto, porque en esa guerra á los bosques suenan nombres de personajes.... inefluentes....

—Pero, mi amigo!, nada tan fácil de tratar como ese asunto: no hay que acusar á nadie, ni á Fulano ni á Mengano, sino discurrir en abstracto, aconsejar al Gobierno, interesado como el que más en conservar esa hermosa montaña, que es la vida de la ciudad y de los pueblos que la circuyen, así como de la agricultura de este rico Valle. Diga usted, por Dios, como usted sabe hacerlo, con moderación y frase grata, que se declaren esas montañas, las del Avila, obra de utilidad pública, y que se pague á sus dueños conforme rezan las leyes especiales del caso; y quedarían contentos esos señores quienes por vender dos sacos de carbón vegetal, empujan á los séres y á las cosechas á la muerte, y ¡quién sabe si no van hasta á acabar con el porvenir de una ciudad Ilustre!....

—Participo y hago mías las ideas de Ruiseñol, porque sin agricultura no puede haber cambios, es decir, comercio, y el comercio es el intermediario entre el agricultor y el consumidor; ni puede haber prosperidad, ó lo que es lo mismo, en síntesis, no podrá consolidarse la riqueza nacional....!—manifestó don Modesto, dando á su voz timbre y énfasis de novel diputado que ensayó el tono y el caudal de su palabra en el dormitorio de su posada antes de irse á la Cámara el día del estreno.

Todos opinamos lo mismo; pero, ¿cómo laborar para que se haga efectiva toda la torrencial, sabia y generosa doctrina, que acaba de exponer ante este auditorio el eminente Ruiseñol, sin que la perspicacia de los aduladores vea en ello un ataque embozado cuando no una cobarde censura contra un orden de cosas concreto?—objetó Guaro, accio-



BACO Y AMPELO. — Escultura antigua de estilo griego. — Florencia)

nando con ambas manos, en una de las cuales blandía como un sable una copa del tinto generoso.

—¿Por qué habría de tomarse en mala parte la desinteresada labor de un periodista, quien, como usted, no hace más que llevar poderosa voz de aliento á un país en que todos vivimos como aletargados, entre el humo de los fantaseos, soñando con riquezas intangibles? Asume usted la idea de los Bancos, en los cuales entren capitales venezolanos, y se emitan acciones de escaso valer á fin de que puedan ser adquiridas por los vene-

zolanos todos, desde nuestro querido y acaudalado don Modesto hasta el último de nuestros peones cosecheros. En una palabra, fomente usted el espíritu de asociación, de agremiación, si es que puedo decir así, y ya usted verá cómo no habremos de temer á la competencia de los capitalistas extranjeros, ni á lo caro de sus préstamos.

—Pues bien—interrumpió Guaro entre trago y bocado—, ya que hemos venido á parar á lo de siempre: á la falta de dinero para emprender obras salvadoras, yo opino, porque se proceda á la unifi-

cación de nuestras deudas en un solo tipo, para ofrecerlas á los Estados Unidos de Norte América en cambio de algunos millones de bolívares, necesarios, tanto para reintegrar á los diversos tenedores, como para solucionar los graves problemas agrícolas, industriales y económicos que tenemos sobre el tapete de los intereses generales. Con este plan salvador, habríamos infatigablemente obtenido dos cosas de importancia trascendentalísima; sería la una: unificar los tenedores; reducir la variedad á la unidad en materia de acreedores; es la otra:

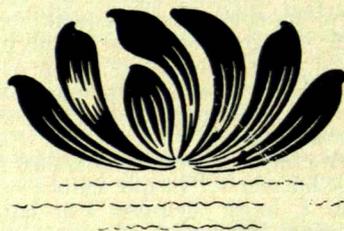
asegurar contra todo evento el interés, el canon de la deuda por el temor a una intervención americana.... Qué les parece?... Este pensamiento mío lo he de dar a la luz pública para que el Gobierno lo estudie, ahonde, medite y resuelva....

Por ventura, nunca habéis presenciado el furioso revolver de la manada de báquiros bravíos, cuando el incauto cazador, ignorante de que le va en ello la vida, malhiere a alguna res de la cerdo-sa tribu? Ciega de cólera, enseña sus agudos colmillos, se precipita, en pos del no avisado agresor, como turbión río abajo, ó en la intrincada selva, revienta con el pecho los bejucos y tupidos zarzales, dejando tras su paso la ensangrentada huella de su tránsito. Pues bien, así el apacible Ruiseñol, ante la doctrina descabellada y antipatriótica del periodista Guaro: pálido, perfilado, enhiesto, temblándole el bello y la voz, levantadas a la altura de la cabeza las manos, como para apartar de ella las muchas ideas, el tropel de pensamientos que se le venían a la mente, exclamó, medio ahogado y tropezando, al romper el silencio, unos con otros los vocablos, de esta manera:

—No lo permita Dios, señor Guaro! Ay! de nosotros, si esos sus deseos se llegaren a realizar!... Ellos causarían más daños a la Patria que los que causan a la agricultura de este valle, los conucos y la roza de las montañas del Ávila. Ellos traerían a la República, más que nuestras mismas estúpidas guerras civiles, la ruina, la muerte moral y material de nuestro Pueblo. La unidad que usted proclama, vale tanto como ir con nuestros pasos contados al Protectorado americano, al Protectorado yanqui, mi amigo! Lo que hasta ahora nos ha salvado de caer en sus garras, es precisamente la multiplicidad de nuestros acreedores. El interés comercial ó económico de éstos ha venido siendo una especie de garantía de nuestra personalidad internacional.... Comprenderá usted que, una vez vencidos y aglomerados los intereses de la Deuda Pública,—suceso factible supuesto nuestro modo de pagar a los acreedores—el tenedor único impondría fiscales aduaneros.... Comprende usted? Fiscales que serían agentes secretos del Tío Sam, agentes de corrupción, porque irían inculcando en el cerebro de ciertos hombres la semilla del egoísmo, de ese egoísmo que lo lleva a usted a pretender la unificación de los tenedores para asegurar el pago de los intereses de la deuda con el ceño protector del Tío! Oh! señor Guaro: y sabe usted lo que sucedería con nuestros tribunales de justicia? Como una consecuencia de la fiscalización extranjera en nuestra hacienda, la habría también en la administración de justicia, la habría luégo en nuestros Congresos.... y esta sería la catástrofe final de nuestra soberanía.... La extrangulación habría comenzado por el estómago y terminado por la Independencia.... En cambio, habría una docena de afortunados capitalistas venezolanos ó.... de políticos, asegurados contra el incendio de nuestras guerras civiles, asegurados contra nuestros desórdenes fiscales, asegurados contra la volubilidad de las pasiones y encarnamientos populares... No es esto? Y para libertarnos de tantas injurias, calamidades y vergüenzas, cuán-

los sacrificios habríamos de imponernos! qué pedazo de tierra, del territorio que fue joya arrancada a la corona de la realeza española, habríamos de dejar en las garras del yanqui!.... Ah! señor Guaro!—continuó sin tomar aliento Ruiseñol, rehilándole el bello y las mejillas de indignación patriótica. Señor Guaro! Yo, que he viajado por las cuatro partes cardinales del globo; yo, que salí en la infancia, gracias a la visual práctica de mi padre, de este querido valle que ha de comerse mis huesos, a educarme, a ilustrarme en los grandes centros de civilización; yo, que he visto muchos grandes pueblos, observado y estudiado sus costumbres y tendencias en lo que dice relación con los demás, estoy en capacidad de jurar a usted, que el humanitarismo de las naciones, es una superchería, una farsa, una mentira sugestivamente hermosa, y que me ha hecho siempre el efecto de un comino alcorzado. Allende los mares, se nos considera, óigalo usted bien: se nos considera un pueblo semisalvaje. Venezuela es aún Eldorado de los aventureros precoloniales; para ellos todavía se recoje el oro en las calles; todavía el indio anda por ellas en guayuco, armado de flechas, tatuada la epidermis y empenachado con las plumas alegres del guacamayo.... Y óigalo usted, señor Guaro: si como nación permanecemos todavía íntegros, si no se han resuelto a sacrificarnos como a la gallina de los huevos de oro, no es por nuestra fuerza, no es por nuestra dignidad, no es por nuestro carácter, no es por nuestra situación topográfica, ni mucho menos por el humanitarismo de los grandes pueblos.... es sólo por el miedo que éstos se tienen entre sí.... Vivimos, pues, del miedo de los grandes, del egoísmo internacional, y es por esto que mi criterio es contrario al de usted: para asegurar nuestra libertad debemos mantener la pluralidad de nuestros acreedores. En esto sigo el principio de Maquiavelo: dividir para reinar. Para mí, unificación de tenedores equivale ó es igual a Protectorado, y soy opuesto, decididamente opuesto a la terrible cuestión.... Mi amigo Guaro! Aprendamos de los pueblos que se jactan de ser civilizadores, a fomentar y a reconcentrar el espíritu nacional; porque las naciones para poder vivir, crecer y prosperar, deberan ser fatal y necesariamente egoístas; egoísmo que no es de ahora.... Roma, Inglaterra, Francia, Egipto, Norte América: el pasado y el presente, los pueblos civilizadores por excelencia, no hicieron uso de otra fuerza impulsora para el coronamiento de sus fines históricos. El egoísmo les sirvió de lazarillo. De éste es la victoria. Entiéndalo usted, señor Guaro: la pluralidad de los acreedores hará imposible la intervención del cuchillo!....

L. M. URBANEJA ACHELPOHL.



A UNA PROMETIDA

Que tu ponqué de novia fabriquen las abejas
Y el colibri lo cubra de copos de algodón;
Que el gusano de seda y á la par las ovejas,
Dén sus hebras más finas á tu blanco edredón.

Que en la boda padrinos sean un silfo y una hada
Y canten las alondras los cantos del amor;
Que á la iglesia te lleve la carrosa encantada
Y te sigan diez cisnes como guardia de honor.

Que el sol de esa mañana no se oculte en la bruma
Ni se apaguen los cirios delante del altar;
Que á tu ajuar contribuya con su encaje la espuma
Y vuele á los salones un mirlo á re-itar.

Que ese velo se encargue de tejer la neblina
Y á tus sienes lo prendan los naranjos en flor;
Que al través del incienso como de una cortina
Te sonría en el templo la bondad del Señor.

Que hagan las margaritas bordados primorosos
En la alfombra de lino que se extienda á tu pie;
Que los lirios se agrupen á la puerta curiosos
Y tu hermosura envidien todas las rosas-té.

Que tu cola sostenga con sus manos un niño
De rubia cabecita, de puro corazón;
Que te lleven regalos la paloma, el armiño
Y la azul mariposa que es la misma ilusión.

Que nunca en lo futuro mires nublado el ceño
Del hombre de quien eres la prometida fiel;
Que en el cielo del alma sea brillante y risueño
El lucero que siga tras la luna de miel.

GUILLEMO POSADA.

Colombia.

NUESTRO IDIOMA

Hallo más dulce el habla castellana
que la quietud de la nativa aldea,
más deliciosa que la miel hiblea,
más flexible que espada toledana.

Quiérela el corazón como una hermana
desde que en el hogar se balucea,
porque está vinculada con la idea
como la luz del sol con la mañana.

De la música tiene la armonía,
de la irascible tempestad el grito,
del mar el eco, y el fulgor del día,
la hermosa consistencia del granito,
de los claustros la sacra poesía
y la vasta amplitud del infinito.

B. BYRNE.

LA NIÑA ENFERMA

Es tanto mi desconsuelo,
Que no hay cosa que me cuadre.
Todo me fastidia, madre.....,
Menos mi primo Antofuelo.
Yo lloro, yo elamo al cielo,
Yo me impaciento, yo rabio,
Y..... ya lo veis, de mi labio
Desaparece el color.

Mi seno palpita; yo estoy muy malita.
¡Ay madre! que venga, que venga el doctor.



CUADRO DE JAN STEEN

Ya no toco la pandera
Con inocente alegría ;
Ya no soy como solía
La gala de la pradera.
Me tiene de tal manera
El mal que en vano reprimo,
Que, á no bailar con mi primo,
Aun el baile me da horror.

*Mi seno palpita ; yo estoy muy malita.
¡ Ay madre ! que venga, que venga el doctor.*

No precio ya la dulzura
Del arbérchigo amarillo,
Ni el canto del jilguerillo,
Ni del prado la verdura.
De mi tenaz calentura
Me seca el rudo martirio
Como al azulado lirio
Seca el cierzo asolador.

*Mi seno palpita ; yo estoy muy malita.
¡ Ay madre ! que venga, que venga el doctor.*

Tal vez se alivia este mal
Que me acongoja y me oprime
Cuando una pastora gime
Quejosa de su zagal ;
Y, aunque es pecado mortal
Envidiar lo que otro goza,

Cuando se casa una moza
Se acrecienta mi dolor.

*Mi seno palpita ; yo estoy muy malita.
¡ Ay madre ! que venga, que venga el doctor.*

Desnudo el llagado pecho
Hasta que la aurora brilla
Doy vueltas como una ardilla
Sobre el solitario lecho.
Si un instante mi despecho
El blando sueño aligera,
Sueño..... yo bien lo dijera,
Pero me causa rubor.

*Mi seno palpita ; yo estoy muy malita.
¡ Ay madre ! que venga, que venga el doctor.*

No me veáis de esta suerte
Bajar á la sepultura.
Mirad que la calentura
Es cada día más fuerte.

No mi dolorosa muerte
Os cubra de amargo duelo ;
Y aunque tal vez Antofñuelo
Me curaría mejor.....

*Mi seno palpita ; yo estoy muy malita.
¡ Ay madre ! que venga, que venga el doctor.*

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

RECUERDO DE PAU-EN BÉARN

Del nuevo libro *Amori et Dolari Sacrum*

Los nombres felices de las bellas ciudades del sur están unidos á las tristes imágenes de la muerte. Entre nuestros parientes, nuestros amigos, muchos acabaron su vida en Menton, en Hyeres y en Pau. Lo más amenudo jóvenes aún. Y el sol que horada al invierno para regocijar esos sitios atortunados no logra que olvide aquellos rayos prematuramente helados.

Las estaciones del litoral me parecen tumbas florecidas que baña una onda de azul. Pero, bajo un cielo nebuloso, Pau, sobre todo, con su dulzura que jamás ningún halito excita, se presta á mortales meditaciones.

Es en octubre, en noviembre, cuando el cólico apunta entre las hojas secas, que Pau hace sentir mejor su carácter dominante: un clima blando y que cicatriza.

No conozco nada más dulcemente agradable que los paseos reclinados en el banco meridional de esta ciudad, que forman un amplio balcón sobre el verde valle del Gave, sobre las curvas de innumerables colinas, y allá en el fondo, sobre la línea dentellada de los grandes Pirineos azulosos.

En el extremo está un bosque sobre una colina. Es el parque del Castillo, del Castillo de Enrique IV. Taine se paseó en esta gran avenida solitaria, bajo la columna de encinas y castaños, cuando tenía veinte y seis años. Ya los altos troncos de los montes, en líneas tupidas sobre la cuesta, velaban el Gave y la amplia campiña. Como hoy, el aire permanecía inmóvil en un rincón del cielo azul, sin un ruido animal. «Se está bien aquí, decía Taine, y sin embargo siente en el fondo del corazón una vaga inquietud; el alma se ablanda y se pierde en *ensueños tiernos y tristes*.»

¿Por qué no los describió él, en vez de mezclar gracejadas brutales contra los *filistinos* á extractos de viejas crónicas?

En esta soledad y bajo estos árboles donde en vida huían de la muerte, hay sombras que vagan indefinidamente. Vinieron del norte á encontrar en Pau un aire más tibio, que no las salvó. Y ahora nadie las quiere conocer en esas casas de tránsito en que su recuerdo agrava los insomnios de los locatarios que las sucedieron. Ninguna piedad familiar rodea y consuela á esos muertos extranjeros; bien al contrario, las leyes del país ordenan espantarlas con las más sabias fumigaciones.

Semejantes á las almas sin sepultura que compadecían los paganos, estas sombras desdichadas solicitan al aislado paseante, y éste, á quien no distrae ningún temor, se entrega á su confusa sociedad. Cada día me esperan á la entrada del parque.

Instintivamente, para encontrarlas apresuro el paso. Allí me rozan, me susurran un misterioso lamento. Ignoro su destino particular, pero puedo comprender cuál fue su común ocupación.

Esta descúbrese en dos frases de la *Guía* que se halla aquí en todas las manos. Pobres frases, mas que dan el hilo adonde la misma corriente nos lleva: «Para el enfermo, hay días malos en Pau, como en todos los climas análogos, y el que creyere poder entregarse á todos sus caprichos advertirá cruelmente su error.» Y más lejos esta misma *Guía*, enumerando las ventajas locales: una atmósfera dulce y calmante, magníficos paseos, termina con estas palabras de una intención duramente irónica: «To-

dos los recursos que la clase rica está habituada á disponer.»

Pobres frases, repito, y á primera vista demasiado triviales para detener al lector, pero si yo fuera poeta sacaría de ellas dos magníficos poemas, y si yo fuera músico las fundiría en una sola sintonía.

No es esencial para conmovernos, que un poema sea claro. En cuanto á la música más favorecida aún, puede presentarnos varias ideas en el mismo momento, las hace cantar juntas, y por esta complejidad, desencadena nuestras potencias profundas de emoción que el análisis literario no sabe tocar.

Una obra que pusiera ante nuestros ojos, bajo nuestros sentidos, todas las voluptuosidades y que, en el mismo instante, nos obligara á deplorar cruelmente el habernos saciado, hé aquí un lugar común irresistible para excitarnos y desgarrarnos! ¿Y cuál conclusión? Ninguna, seguramente. Espacios llenos, luego arranques, reposos, después enriquecimientos, y más audaces arranques, y repeticiones ornamentales más vastas; hé aquí los solos medios para hacernos sensibles ciertos estados de alma, los cuales se deformarían si pretendiéramos hacerlos entrar en una fórmula. Ellos inspiran y no expresan. Los paseantes de la Semana de los Muertos, que se dejan acariciar por los velos de ensueños suspendidos bajo las encinas del parque bearnés, no pueden decir, ni explicarse lo que les pone en agitación.

Entre esas sombras que me acompañaban no tardé en distinguir una voz que me era querida. Uno de mis amigos de infancia, mayor que yo en doce años, vino un día á pedir á este cielo una tregua para el mal de que murió cerca de los treinta. ¿Soy yo solo en la tierra quien lo mantiene sobre el abismo del olvido? He buscado el techo que lo abrigó algunos inviernos. En el libro de mis deudas morales, que amo meditar, le he inscrito como mi benefactor á causa de una frase que pronunció en mi presencia cuando yo tenía quince años.

Venía él de estudiar la medicina en París, traía una observación muy justa: «La ventaja de París es que se ven allí grandes hombres y se admite entonces la idea de poder igualarlos un día.» Estas palabras, caídas por casualidad en una conversación, se fijaron desde ese momento en mi espíritu, no cesando de penetrar más á fondo. Debo mucho á ese pensamiento, que me forzó, creo, á ir á visitar en París á los maestros. ¿Quién osaría, en efecto, luchar con hombres misteriosos? Pero estudiar un hombre de carne y hueso y procurar igualarlo á fuerza de trabajo y de disciplina, la

imaginación de un adolescente valeroso acepta que eso sea posible.

Ahora, doy á esta frase de mi amigo un sentido más fuerte y más sutil. Pienso que es necesario ir á los sitios visitados por la muerte: para aprender á resignarse.

Cuando el sol, á veces, sin romper la soledad ni la inmovilidad de las cosas, dora con su luz las avenidas del parque, en seguida en los castaños los animales del aire cantan sus plumas secas, su buena digestión y su confianza insensata en la vida. El paseante sale de su sueño; aparta los muertos que le persiguen y los muertos, más importunos, que lo llenan: esperanzas, deseos enterrados en su corazón. Advertido por este brusco despertar á la vida, cree deber interesarse por estos bellos lugares y participar de sus magníficas larguezas para que extiendan así su existencia.

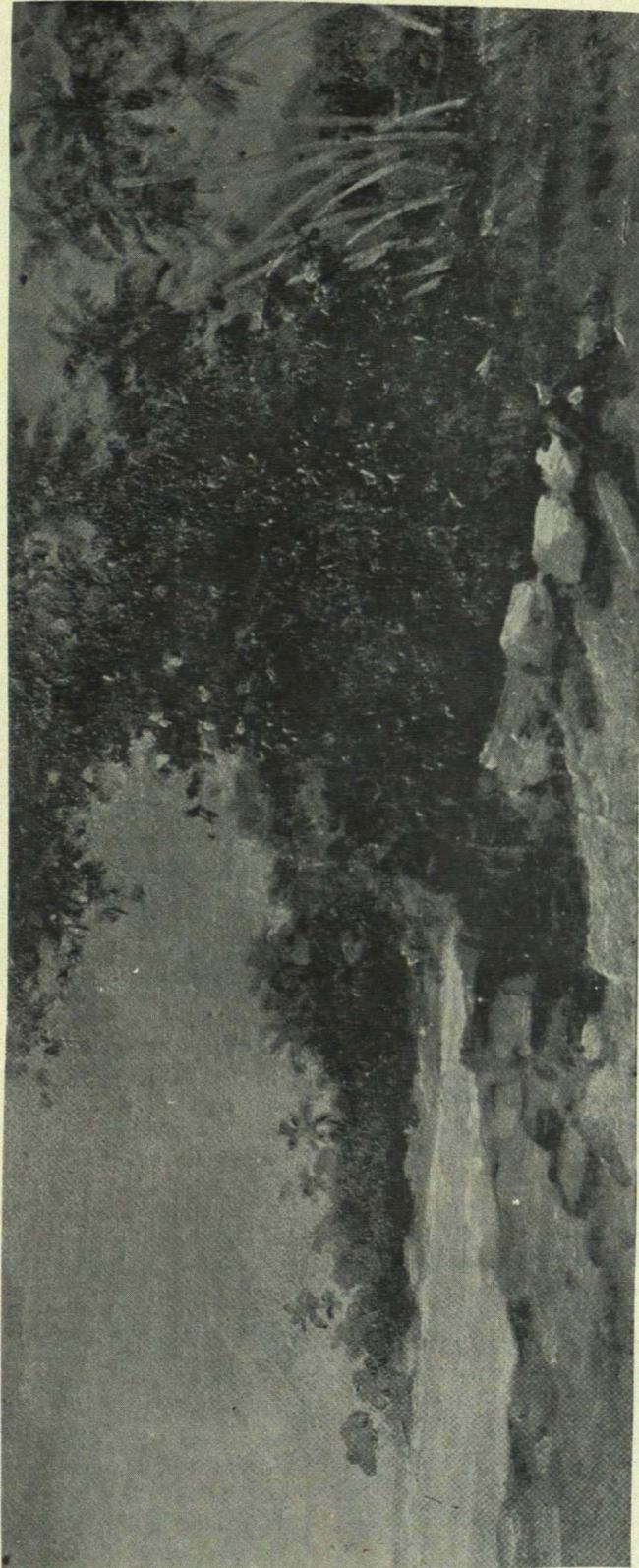
Al pie de Pau se desenvuelve un valle feliz de verdura y de grandes árboles, donde huye entre los juncos un arroyo rápido que quiebra sus guijarros. Rutas suinasas, casas de recreo, aldeas, innumerables verjeles enriquecen esta armonía. Y colinas, á trechos cubiertas de vegetación, bordan esta vega, le dan la forma de una concha donde flota oro vaporizado, en tanto que ellas mismas no son sino niños al pie de los Pirineos, magníficos por sus nieves y por sus aristas, que presiden desde el horizonte la tranquilidad general.

El apóstol ha dicho que sobre el hombre inflexible, sobre los corazones sin ternura ni piedad, se extiende un cielo de bronce sin lluvia ni rocío. Deduzco de ello que ningún hombre inflexible vino jamás á Pau, pues en toda eternidad nunca se vió aquí un cielo de bronce.

¡Qué dulzura! ¡Qué amor á la vida, qué tristeza sin voz al saberse parecedero! Entre cinco y seis sobre todo, cuando la niebla violeta y tibia cae sobre el valle, y las linternas de gas se iluminan sobre la larga terraza.

Aquí la razón más depurada de sentimentalismo se inclina naturalmente de parte del corazón. Aquí Carlos Maurras inventó un bello consuelo para todos los desheredados.

Fue sobre esta terraza, lo sé, ante este Castillo de Enrique IV donde en 1890 ocurrió á nuestro amigo sentir la necesidad natural de la sumisión para el orden y la belleza del mundo. Un paisaje agradable en que todas las partes se sometían unas á otras, en que estas viven sepultadas sin que ninguna esperanza las impulse nunca hacia afuera, en tanto que aquellas están eternamente acariciadas por las luces del Día y de la Noche, determinaron á



MACUTO: Paisaje por Martín Tovar y Tovar

Hostia ó no, cada uno de nosotros, cuando es sabio, ve que no es nada, si no se somete al orden común, da gracias á la forma de que lo ha revestido su suerte, cualquiera que sea; no compadece sino á los desgraciados turbulentos cuya suerte es sin forma y cuyo destino arrastra á la desaparición infinita.» (*Anthinea*.)

¿Pero qué papel da este joven filósofo de la salud, de la sana razón, qué papel encuentra á los que no podrían ser sino enfermos y que no podrían resistir nada? Carlos Maurras, ocupado en construir un Rey, no tiene tiempo de ser tierno con los inútiles.

El valle bearnés toma un bello sentido histórico por haber hecho pensar á Taine en 1854 y, treinta y cinco años más tarde, á uno de sus mejores hijos. Su espíritu sin embargo, menos aún que sus colores y sus formas, no lograría retenerme.

Hay momentos en que nuestro pensamiento se extiende y encuentra en todas partes algo que aprovechar; otras veces se repliega irresistiblemente en sus reservas. Y es también un homenaje al orden, una fecunda sumisión, aceptar esos minutos de retraimiento en que tal vez el resorte se prepara para una acción importante.

Los viajeros me habían prevenido que el arroyo pirineo y las meditaciones que suscita, como un oasis en un erial, recuerdan mi torrente y mi valle de los Vosgos. En vano aquí las proporciones son más vastas y el motivo decorativo infinitamente multiplicado; pero en Pau veo el Mosela donde fui criado, sus playas, su pradera, sus costas cubiertas de árboles, á mi derecha la iglesia de Charmes, y más lejos á mi izquierda, Châtel, el bien situado, es decir todos los primeros objetos que me poseyeron y de los cuales desconocí largo tiempo lo que guardaban de disciplina. Paisaje más simple que el bearnés, más corto y más pobre, que envuelve un cielo infinitamente rudo, *pero es el mío*, al que me ligan cada día lazos que la razón no ha desatado. Es el que embellecerá mi nombre, si mi nombre algún día produce belleza.

Mis muertos y mi horizonte natal me llaman bajo este cielo nuevo y entre extraños. Ellos componen un fondo profundo á todas las imágenes que la casualidad me propone, y estas no valen sino en tanto armonizan con mi tierra y con mis muertos. Es así como se forma un deseo ardiente de romper con todo lo que nos distrae de nuestras ideas predilectas.

MAURICE BARRÈS.



Carlos Maurras á constatar alegremente que el infortunio de las primeras y la felicidad de las segundas son condiciones necesarias á la cualidad de cada una: «El mundo entero sería menos bueno si tolerara un gran número menor de hostias misteriosas llevadas en sacrificio para su perfección.

ILUSIÓN. ESPERANZA.



tan intenso consuelo y tan completa resignación como las tales mentiras.

Si una madre desolada coloca sobre la frente del hijo gravemente enfermo una cinta bendita que ha de darle la salud, sonriendo luego de esperanza, y cobrando tranquilidad en el ánimo ¿no es una crueldad, igual al asesinato, representarle la vanidad de su recurso y la futilidad de su ilusión, sumiéndola así de nuevo en el abismo de la angustia homicida? ¿Qué lenitivo le dan en cambio? ¿Con qué le sustituyen la esperanza que la hace vivir? Después de esa palabra mortífera ¿qué palabra le dan que descargue su ánimo del anhelo doloroso, y su mente, del lúgubre presentimiento?

Y si es ilusión mentirosa de la esperanza ¿de qué vive el hombre, en definitiva, sino de ilusiones y esperanzas? Vive el poeta fortificado con el anhelo de la gloria, que, obtenida, es ilusión, porque es humo y vanidad; no lograda, es esperanza fallida, que es dolor;—pero ha perfeccionado su espíritu en la contemplación de la belleza ideal, y vivido valerosamente. Lucha con heroísmo el guerrero por la ilusión de la victoria y la esperanza de la fama,—y puede caer destrozado y exánime en medio de la selva;—pero se ha agitado útilmente en defensa de la patria y de la honra. Se afana el labrador con la ilusión de la ganancia y la esperanza del bienestar,—y acaso muere empobrecido en la sala de un hospital;—pero ha fecundado la riqueza pública, y cumplido la santa ley del trabajo. Ve la madre en su hijo, con los ojos de la ilusión, el resumen de todas las perfecciones, y contempla de antemano, á la luz de la esperanza, el brillante y seguro porvenir que le aguarda;—y quizá fiebre maligna lo arrastra á poco á la profundidad de la huesa;—pero entretanto ha vivido ella feliz, porque ha amado y esperado. Si en vez del encanto de belleza que nos ofrece la ilusión en el rostro del sér que amamos, viéramos la horrible calavera que está detras,—realidad irremediable....

No quiero continuar, porque temo envenenarme con el lósigo repugnante de la realidad.

Sin la ilusión, que enamora, y la es-

peranza, que convida, sería el hombre el gran paralítico de la creación.

En medio de la ilusión vivimos, porque ¿dónde encuentra el hombre, en su vida sublunar, el elemento de la certeza? ¿En la razón? la ignorancia la vicia, el interés la subyuga, las pasiones la oscurecen. ¿En los sentidos? Todos nos engañan.

Vemos caminar el Sol de oriente á occidente,—y no camina. Mentira de los ojos.

Vemos el fin del espacio en la bóveda azul que llamamos cielo,—y ni es bóveda ni término de nada, sino de la vista. Mentira de ella misma.

El oído nos dice que el sonido brota de la flauta, del piano, de la garganta del cantante,—y nos engaña, porque el sonido no se produce sino en el oído mismo; en él es donde brota, allí es donde nace: aquellos instrumentos no despiden sino vibraciones mudas. Mentira del oído. Lo mismo que la luz, que no se forma sino en la retina, donde las vibraciones opacas del éter se convierten en claridad. Y creemos verla fuera de nosotros.

¿Y la ilusión de la música? Al hombre que está alegre lo transporta á praderas rientes donde habita la dicha y convidan los placeres. Al triste le llena los ojos de lágrimas, y le lleva el pensamiento á los sepulcros. Al desterrado le oprime el pecho, y le representa en la memoria el río de su comarca, la caricia de las brisas de sus montañas, la torre de su iglesia y el techo sagrado que cubre entristecidos á la esposa y á los hijos. La virgen sueña delirante con el ideal misterioso que le está sugiriendo la naturaleza. El adolescente palpita de entusiasmo y amor. El anciano siente la nostalgia de la juventud desvanecida. La música no es culpable: son locuras de la fantasía, que es la facultad de la ilusión;—porque la acción inefable del arte de los sonidos despierta la sensibilidad, eleva el alma, revela la existencia del espíritu, levanta el pensamiento hacia las grandes concepciones,—y emociones, sonrisas, alegrías, y hasta las lágrimas que causa, dulcifican la vida y mejoran el sér humano, por la cantidad de cielo que lleva la música en su seno.

Los más engañadores son los ojos. Vemos las constelaciones del cielo y les ponemos nombre por su figura;—esa figura es ilusión: cada estrella dista de la otra millones de leguas, y si nos acercáramos allá, encontraríamos que no hay tal *León*, ni tal *Carro*, ni tal *Can*, ni tales *Peces*, ni tal *Hércules*;—y sin embargo es el deléite de las noches extasiarnos en la contemplación de esas mentiras, y entretener el espíritu en la agradable tarea de ir encontrando en la inmensidad la formación de esos grupos resplandecientes; hacemos más: los he-

mos emparentado con nuestros dolores, recuerdos y virtudes, guardando para la inmortalidad en las urnas de luz de sus estrellas el heroísmo de *Arturo*, el sacrificio de *Berenice*, el genio de *Orfeo*, el martirio moral de *Casiopea*, la sumisión filial de *Andrómeda*, las hazañas de *Perseo*, la desesperación de *Ariadna*, el castigo de *Eridano*, el vuelo de la inspiración poética en *Pegaso*, la virtud del trabajo en *Hércules*, el arrepentimiento de *Diana* en *Orión*, el sentimiento religioso en la *Cruz del Sur*.

Sin la ilusión no podríamos vivir: nos crea la belleza de lo presente, y, madre de la esperanza, embellece el porvenir, cargada como viene de las dulces sugerencias de la fantasía.

¡Ay del pobre corazón de donde haya huido!

EDUARDO CALCAÑO.

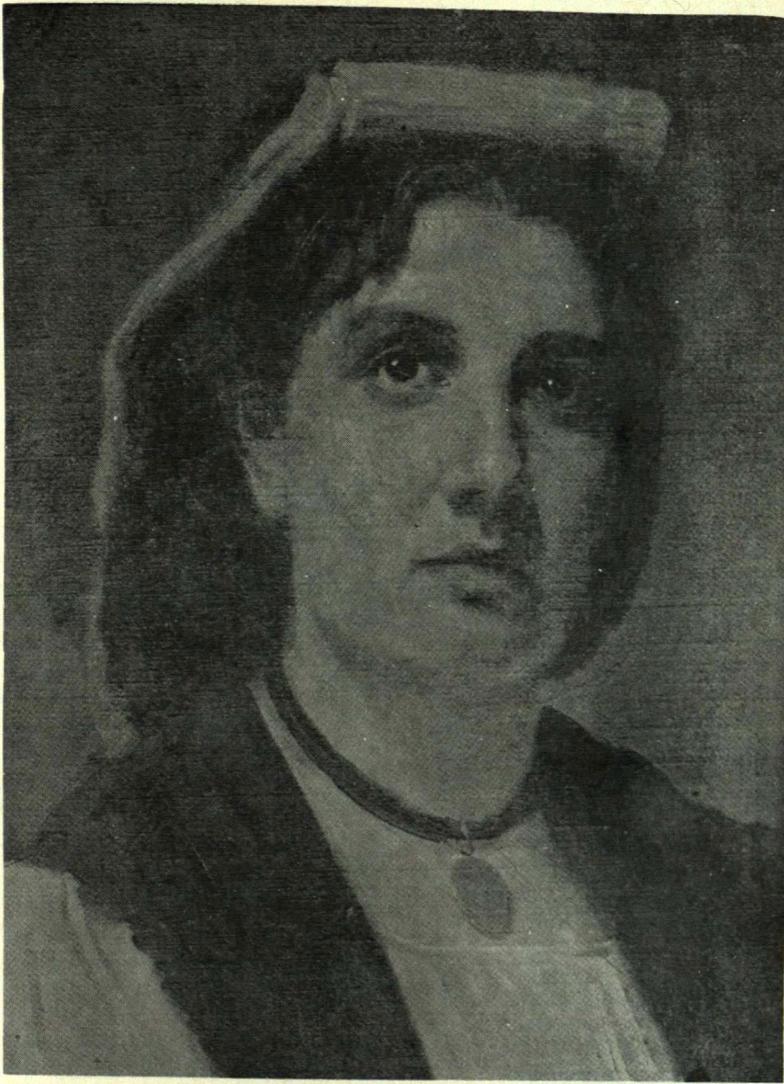
GEOMETRIA MORAL

(CAPÍTULOS DE UNA OBRA PÓSTUMA DE DON JUAN MONTALVO)



El ánimo generoso encarnado en grandes hechos suele obrar en un delicado corazón de mujer de manera decisiva:

la abnegación las exalta, el sacrificio de un hombre que por amor suyo acomete peligros y prevalece sobre la muerte misma, las arrastra á esa dichosa obscuridad en cuyo seno ven las figuras celestiales del amor, y de ningún modo las imágenes austeras de la sana razón. El presente, en estos casos, se lo lleva de calle al porvenir: deshonra, lágrimas, castigo, son espectros que vienen quizá, pero no llegan; el crujir de sus huesos no interrumpe la música con que los ángeles de la malicia están sazando la felicidad de dos mortales venturosos. Abnegación es la preferencia que las personas dotadas de alma sensitiva y nobles propensiones suelen dar al objeto de su cariño, con detrimento de sus intereses propios; y sacrificio, el presente de los bienes de fortuna, el pundonor y aun la vida, que hacemos en aras de *nuestro dios* por salvarle de la muerte, la ignominia ó la miseria. Los trabajos de *Hércules* son el simbolo del poder que sobre las mujeres tienen las obras generosas y grandes; y si es verdad que la que se los impusiera, nunca se miraba satisfecha, es asimismo cierto que con cada nueva hazaña por ella exigida quería decirle al semidiós su amante: «Si eres tan valeroso que venzas al león de *Nemea*, poseerás mi corazón; si eres tan



Estudio de Martín Tovar y Tovar

desbaratado en un instante! Recuerdos son escombros de bienes pasados. Yo presumo que un hombre que hubiese vivido veinte años amando, deseando y siguiendo á una mujer, si alcanzara al fin correspondencia; si esa mano fugitiva viniera al fin á caer en la suya; en plena posesión del objeto apetecido tanto tiempo, se retiraría á meditar triste en su memoria, andando por entre sus recuerdos como por entre las ruinas de una ciudad famosa. Petrarca no hubiera querido, sin duda, que Laura viniese á ser suya al borde del sepulcro, después de treinta años de amor y constancia: la poesía estaba requiriendo que el poeta muriese con su pasión nunca satisfecha, y á la vejez llorase á su casta amada, dormida en la sepultura veinte años habia. Este poeta es raro ejemplo de constancia: amó toda la vida, y nunca á otra mujer: si halló correspondencia en lo profundo del corazón de Laura, nadie lo sabe. Dicen que el señor de Sales, habiendo consentido en que Petrarca celebrase á su mujer, súbitamente mostró enojo y tembló de cólera en razón de cierta palidez y táctica melancolía que comenzaron á empoetizarla. Petrarca ganó una soledad abrupta, y allí, llorando su desventura y cantando sus amores, solo, absolutamente solo, vivió diez años, sin hacer otra cosa que amar, llorar y pulsar la lira, echando suaves rimas llenas de amorosa pesadumbre. Sus sonetos *in vita di Laura*, sus canciones *in morte di Laura*, descubren el manantial inagotable de sensibilidad de ese pecho, el mar de amor que abrigaba en ese corazón de santo, santo de amor y dolor, á quien el amor y el dolor han levantado altares los siglos posteriores.

La casita era pequeña, metida entre grandes árboles: una fuente viva estaba hirviendo de día y de noche entre el jardín y el patio: su melancólico dueño pasaba horas enteras en contemplar las burbujas que nacían y perecían en sucesión interminable, imaginando acaso que así somos los hombres, como esas bombitas de agua que van brotando unas tras otras, y se inflan éstas donde éstas se apagan. Una roca negra, erguida allá, era guarida de cuervos por la noche: el croajar de estos aciagos pájaros, junto con el grito del mochuelo, formaban dulce música á los oídos del poeta de la tristeza. Laura murió: su amante, que la había cantado en vida, comenzó á llorarla muerta: cuando le hallaron, el último día de su tiempo, sentado en un sillón antiguo, puesta la frente sobre un libro infolio, muchas horas habia que era muerto: frío estaba; pero dicen que, envuelto en un calor sobrenatural, un nombre parecía estar palpitando en sus labios. Francisco Petrarca era buen cristiano: al morir dijo:

atrevido que vayas y robes las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, yo te amaré; si eres tan humilde que, por obedecerme, acometas á barrer los establos de Augías, creeré al fin en tu cariño.» Sabido es que en las aventuras mayores de marca, los caballeros andantes se encomendaban á sus damas, y que las damas, por su parte, recibían este homenaje como debido á su amor y su belleza. Con el nombre de Oriana en los labios, don Amadis se bate por las espadas, arremete jayanes, corta cabezas á gigantes desemejables. «¡Oh, señora mía Oriana, á la vuestra fermosura encomiendo el llevar á felice cima este duro trance, y en las vuestras manos van puestas ahora mi vida y mi muerte: enviadle un pensamiento á este vuestro enamorado caballero, quien, si por la fuerza de su brazo no es acreedor al amor vuestro, bien merecidos se tiene el desdén y el olvido pertenecientes al villano y el cobarde.»

Perseverancia suele ser una de las virtudes más difíciles, y por el mismo caso,

más rara en los hombres. Esa reconcentración de las potencias humanas en un solo objeto durante años enteros; esa tenacidad en amar sin correspondencia, servir sin retribución, desear sin cumplimiento, esperar sin término, vivir atada el alma en el seno de una triste noche sin asomos de luz por ninguna parte, son obras de héroes, los héroes del desengaño, quienes, si nada esperan ya de la constancia, buscan su dicha en la voluptuosidad de la desgracia. La desgracia tiene también sus incentivos: desgraciados hay tan bien avenidos con su suerte, que por nada consentirían en pasar á mejor fortuna: suspiros profundos, lágrimas secretas, sinsabores fieles, soledad querida, quejas al cielo, palidez romántica, abatimiento amable, toques son de verdadera felicidad; felicidad negativa, pero de grato sabor para ciertos corazones organizados de tal modo, que, en siendo poesía, aun cuando sea la de la tumba. Si llegaran al fin á ese punto luminoso, en el cual tienen puesta la mira, ¡qué mundo de dichosos dolores

«¡Dios!», sin duda; pero después de este santo nombre, otro sonó apenas, en locución tímida y misteriosa: cuando el moribundo hubo dicho: «¡Laura!», ya nadie existía en esa casa.

Los que viajando por la Provenza lleguen á Aviñón, la antigua Babilonia de los papas, pregunten hacia dónde está Valclusa: probable es que no hallen ni paredes de la casita de Petrarca, el amigo de Rienzi, el amante de Laura, el rival del señor de Sales; pero la peña negra, la fuente viva, allí han de estar: la peña vive más que el hombre, y los días del agua son más largos que los nuestros. Dicen que el cuervo y la corneja viven cien años: para hallar en Valclusa un contemporáneo de Petrarca, sería menester un ave que viviera quinientos. Importa poco no halléis á nadie: ¿no se anda el viajero por las calles de Pompeya sin topar con sus habitantes? ¿No entra á sus casas sin llamar á la puerta ni preguntar por su dueño? Si en Valclusa oís un roce apenas perceptible; si veis la sombra de una sombra pasar de un escombros á otro en siendo el crepúsculo, decid que es el alma del antiguo residente de esa quinta. Mas no le busquéis compañera: esto sería levantar calumnia y hacer ofensa á una fiel esposa y santa mujer. Si Laura amó, su pecado fue un secreto; pecado del corazón y nada más: al deber, á la honra, ciega obediente fue toda la vida: mujeres de su perfección no caen en mal caso. He visto una estampa que representa á Laura, señora de Sales, bañándose en un jardín: una cabeza masculina, una cara pálida se está entretanto asomando por una ventana; y unos ojos ávidos están devorando esos divinos miembros. ¡Pobre Petrarca!... Ese instante de tortura fue el único triunfo de su vida. Triunfo no; no fue sino un robo: Laura no tenía noticia de esa profanación apasionada. La corona con que ciñeron sus sienes en Roma, canonizándole para la gloria en festividad sublime, hubiera sido menos para él que un rizo de la rubia cabellera de Laura, ó un beso de fuego estampado en la mejilla de ese ángel adverso. Para ejemplar de constancia, Francisco Petrarca: Abelardo mismo había olvidado á su Eloísa á los veinte años de separación, ¡ingrato!, y ella, después de veinte años

de encierro, le amaba todavía con ese fervor, ese delirio con que fue su querida desde luego ante las divinidades de la noche y el silencio, y su esposa des-

pués ante el Dios de la luz y ante los hombres.



MERIDIONAL

A la poetisa colombiana señorita Elmira Antommarchi

Cruzando mares,
Cual flébil bando
De aves que dejan los patrios lares,
Me vino en alas del aire blando
El eco dulce de tus cantares.
Y hallé á tu acento
De paz fecundo,
Más bello el dombo del firmamento,
El sol más puro, más vario el mundo.
Flor colombiana.
Tu poesía
Es urna de oro, panal que mana
La esencia pura de la ambrosia.

Ya no se encanta
Tu patrio suelo
Oyendo el ritmo de tu garganta;
Que en otros valles, con voz de cielo,
Tu rico numen sus trovas canta.
Y fácil mueve
La tersa pluma
Que al sol semeja vellón de nieve
O alado copo de blanca espuma.
Calandria hermosa,
Del sol preseña,
Son tus cantares color de rosa,
Tus versos saben á miel hiblea.

Cuando te inflama
Con regia pompa
De estro nativo la ardiente llama,
Tu musa vibra la heroica trompa
Que imita el tumbo del Tequendama.
Y en dulce arrobó
Cantar te escucho,
Nuestros Aquiles, en *Carabobo*,
Nuestros Eneas, en *Ayacucho*.
Tu voz entonces
Cual la de Homero,
Bélica excede los huecos bronces
Que el alma llenan de ardor guerrero.

Floridas lomas
De verdes faldas,
Huertos que exhalan tibios aromas,
Ríos que corren entre esmeraldas,
Eras que brindan doradas pomas,
De nuevo admira,
Y en pos descuelga
La orlada en perlas, sonante lira,
Del alma encanto, de Apolo huelga.
Une en concento
Tus lindas trovas
Que en ecos forme de gloria el viento,
El prado en lirios, el mar en ovas.

El alma coro
Te dé en el lampo
De sus estrellas gentil tesoro,
Olor de flores te brinde el campo,
Los ríos plata, los montes oro:
Fulgor la nube,
Y el mar celajes,
Matiz el iris que en comba sube,
El alba aljófar, la tarde encajes;
Y alada vuela
Por cuanto abarca
La rica en glorias, mi Venezuela,
Tu en glorias rica, Cundinamarca.

Y al encendido
Luciente rayo
Del sol glorioso, recién salido
Sobre las cumbres que alegra el mayo,
De los ambientes al manso ruido
Canoras aves
Te harán compañía,
En las praderas con trinos suaves,
Con dulces quejas en la montaña.
Y mientras llena
De encanto el aire
La poetisa del Magdalena,
El bardo calle del triste Guaire.

FELIPE TEJERA.

LOS AUTOGRAFOS



EN la forma que le dieron Amiel, los Goncourt, Hebel, el diario de los sucesos en que se descomponen la conciencia de un individuo, fue un género literario desconocido de la antigüedad. En tiempos de Roma, en tiempo de los griegos, la ciudad tenía demasiada importancia para dejarle al ciudadano espacio en qué estudiarse minuciosamente. Ni Marco Aurelio ni San Agustín tocaron esta nota sobreaguada que supone una hipertrofia de la personalidad. El hombre moderno se descubrió á sí mismo, poco más ó menos en aquellos días en que las expediciones españolas descubrieron la América. Fue menester, sin embargo, que transcurriesen más de dos siglos para que el hombre, un tanto desentendido de la acción, le tomase gusto á este placer solitario y malsano de mirarse y admirarse por dentro. Porque en el fondo de todo diario íntimo resalta la convicción en que está el autor de que su persona tiene indiscutible importancia para los contemporáneos y para la posteridad. No importa que el autor de sus propios anales se calumnie como Rousseau, no importa que á lo largo de las páginas gima Henrique Federico, porque su alma delicada tropieza á cada paso con el sentimiento de su impotencia. Pasando de la superficie damos siempre con la noción precisa ó exagerada de sí mismos, con el deseo de que alguno los escuche cuando detallan complacientemente los pequeños sucesos espirituales de que su *yo* se compone.

El album de autógrafos, de creación posterior, de importancia psicológica incomparablemente menor, señala á un mismo tiempo aquel placer femenino de mostrarse sin dejarse ver que revelaba el diario, y la curiosidad mefistofélica de quien se pone á observar el *yo* de los escritores en las más curiosas posiciones.

Bogotá.

B. SANIN CANO.

DISQUISICION PRONOMINAL (1)

El objeto del «Estudio Gramatical» en referencia, es hacer la pregunta siguiente: unos gramáticos dicen que el genitivo de los pronombres personales es, *de mí, de tí, de sí*; otros pasan en silencio el caso. El «Estudio» dice, poco más ó menos, que esas formas no son genitivos usados en castellano, porque en su lugar se prefieren las formas *mío, tuyo, suyo*. TODO lo que sea contrario á esa apreciación son excepciones, de las cuales hay varias, y el escrito cita algunas, por ejemplo: «esa casa es de tí mismo.» Esa es la pregunta que encierra el escrito, para que todos opinen, y de ese modo buscar mayor claridad en los libros *didácticos*.

En confirmación, además de tantos autores, citaré los siguientes: Don Emiliano Isaza.—Gramática Práctica de la lengua castellana, 8ª edición, página 123, dice: «Cuando la relación es de propiedad y posesión, entonces lo que se usa es poner el pronombre posesivo, en vez del personal.» El reloj es de Pedro y *mío*, (no de Pedro y yo, ni de Pedro y *de mí*.) Lo mismo dice Don Elías Zerolo (Diccionario Enciclopédico), doctor P. Castillo (Gramática elemental de la lengua castellana, según Bello y otros autores) y, por último, (La Real Academia Española): «De la señorita y *mío*» (Moratín.)

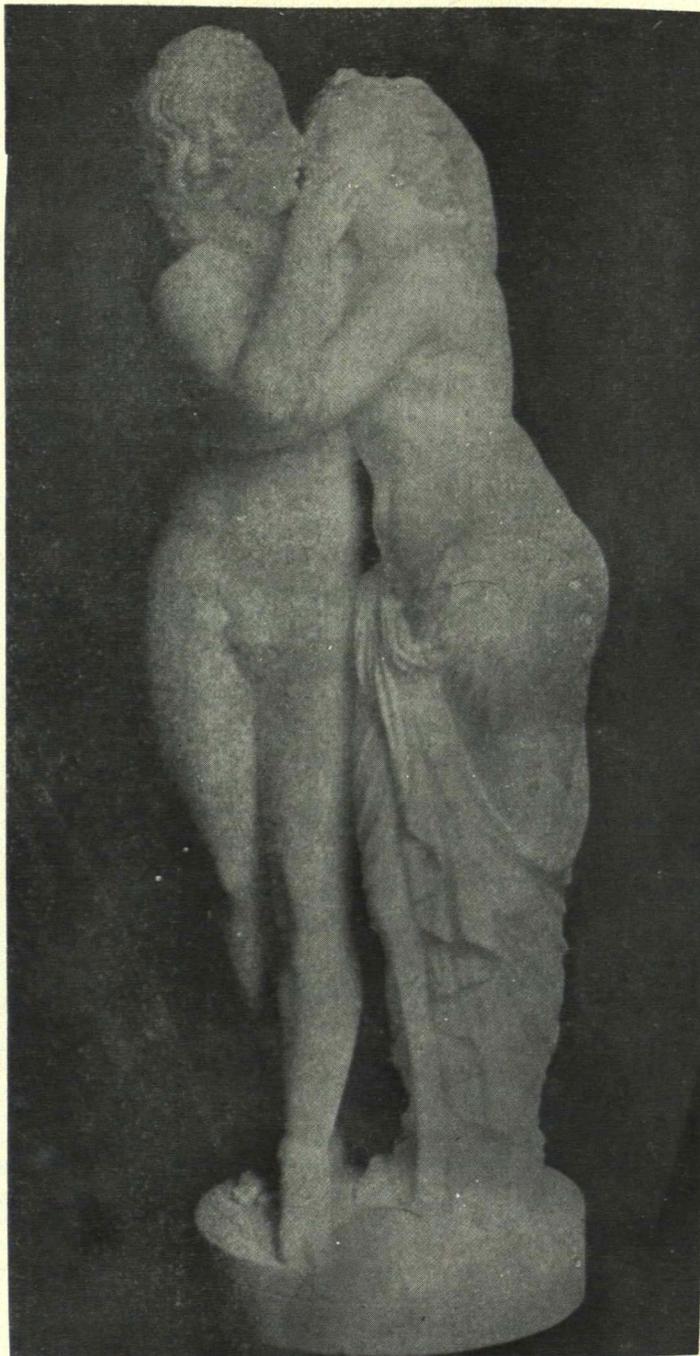
El tratado de los pronombres personales es fuente de gran belleza, porque se presta mucho á su examen á la luz de la gramática científica, como casi todo punto del lenguaje. Esto también me animó á escribir el «Estudio» para oír la opinión de las personas doctas.

Refiriéndome ahora á la frase: «Apiadaos de mí,» ó «Señor, ten piedad *de mí*» yo considero que ese terminal es *ablativo*, y nó genitivo, por las siguientes razones. Analicemos: «Señor, un vocativo—el sujeto de la oración es *tú*, el que está sobreentendido—el verbo es tener—y el complemento directo es—piedad. Lo que sigue son casos oblicuos, que pueden ser: genitivo, dativo, etc. Aquí es *ablativo*, porque señala *procedencia, emanación*, y no posesión. En efecto: si el poseedor de la piedad fuera *de mí, ó sea yo*, teniéndola, entonces, ¿para qué pedirla?

Lo que sucede es que la situación de Job no es *subjetiva*, sino *objetiva*, ó sea la relación que indica *procedencia, emanación* etc., en suma, lo que en castellano representa el *ablativo*. La relación es *objetiva*, y por eso se escribió *mei*, pues dice la regla que cuando la relación es *objetiva* se emplea el pronombre (*mei*) y cuando es *subjetiva*, se emplea el adjetivo, *meus, mea, meum*.

(1) Vuelvo á molestar la atención pública con el presente escrito, para robustecer mi réplica al publicado en EL COJO ILUSTRADO del 1º de enero, y para referirme al que se produjo en *La Prensa* del 1º del presente, autorizado por «Ramiro González.»

Olvidando en ambos escritos, la seriedad que impone una discusión científica entre personas cultas, se buscaron frases hirientes para lastimar mi carácter; pero de ellas hago abstracción completa ante los respetos que he de guardar al ilustrado escritor.



PSIQUIS Y EL AMOR

Caro y Cuervo (4ª edición, página 226) después de explicar, que las relaciones *subjetivas* se refieren al sujeto, y las *objetivas* al objeto que recibe la acción, dice respecto á los pronombres personales: «Los genitivos de los pronombres personales *mei, tui, sui, nostri, vestri*, se usan objetivamente: los adjetivos posesivos análogos *meus, tuus*, etc., se adaptan más bien al sentido *subjetivo*. «Grata mihi vehementer est memoria *nostrae tuae*.» Cic (me es sobremanera grato el recuerdo que de nosotros haces.)

Este ejemplo no puede estar más palmario respecto al *vestri*. Los aficionados al estudio pueden ver también el «Arte Explicado ó Gramático Perfecto,» por Don Marcos Márquez de Medina, página 374. Pon-

gamos algún ejemplo: «Amor *meus* significa: el amor *mío* (el que yo tengo). «Amor *mei*» (el amor que otra persona me tiene á mí) (*ablativo*.)

Este es el caso del Santo Job. Por la razón de ser la relación *objetiva*, fue forzoso en latín el empleo de (*mei*), que es genitivo del pronombre *ego*.

«Amor *meus* erga homines» (supongamos que sea Dios quien habla) significa: «El amor *mío* para los hombres»; pero si dijera: «amor *mei* est fons pietatis» significaría: «el amor que se me tiene á mí.» Misericordia *mea*—la misericordia *mía*—Misericordia *mei*, la misericordia que otra persona tiene *de mí, ó ha*—*cia mí*—(caso *ablativo*.)

Nota: las denominaciones de genitivo *sub-*

jetivo, y genitivo objetivo; genitivo activo, y genitivo pasivo, pertenecen á la gramática latina, y nó al español.

No será fuera de lugar el observar, que en el presente análisis puede servir de apoyo el latín, por lo que se relaciona con la gramática general, pues de lo contrario, las traducciones no son guía, pues en la sintaxis de ambos idiomas hay grandes diferencias, como lo demostró don Severo Catalina en su discurso de recepción en la Academia. Versa igualmente sobre lo mismo, la Réplica del señor Antonio Ramírez, publicada en *La Restauración Liberal* (enero 20.)

Queda terminada por mi parte la presente discusión; en el deseo de que plumas competentes sigan ilustrando el punto.

AQUILES ANTICH.

Valencia: 12 de febrero de 1903.

TOLSTOY

Y LAS REPUBLICAS DE AMÉRICA

The London Mail, publica una entrevista que su corresponsal celebró en Rusia con el conde León Tolstoy, en referencia al Congreso Pan-americano y la doctrina Monroe. Entre otras cosas, el eximio filósofo ruso, dijo lo siguiente:

«El estudio del desenvolvimiento político, social y religioso de las agrupaciones latinas en el Continente Americano, ha tenido para mí irresistibles fascinaciones: su lado trágico principalmente, ha sido y es motivo para mí, de incansantes cavilaciones. Hé allí una raza que tiene sorprendentes semejanzas con la raza moscovita: es aguerrida, amante de las artes y de las letras, pero, como ésta, refractaria á la homogeneidad democrática. En lo individual, el latino-americano es el sér más liberal del mundo—más aún que el francés—pero en lo colectivo pierde su identidad y se transforma en energía reaccionaria. Entre los sajones sucede lo contrario: el individuo es la esencia del absolutismo; la colectividad, el *non plus ultra* del liberalismo.

«En fuerza de ese fenómeno, las comunidades latinas tienden á la concentración del poder, en tanto que los sajones á la distribución y expansión. Toda nacionalidad ó gobierno que centraliza el poder en perjuicio de la mayoría, camina, por razón natural, á la decadencia y la disolución. Cuanto más absoluta es una tiranía, mayores son sus gérmenes de decadencia. En el Continente Latino-Americano hay muchas repúblicas de nombre; pero de hecho casi ninguna. Eso mismo me hace temer por la soberanía de sus pueblos, para mí una y mil veces simpáticos. Son pueblos valientes, sin duda alguna, pero qué valen las bayonetas y la fuerza física, cuando entran en conflicto con las ideas de libertad, de igualdad y de justicia?

«Luego si los Estados Unidos del Norte son temibles para esas nacionalidades, no lo son precisamente por el número de sus libertades. Una bala de cañón rechaza una columna; pero no hay muralla que resista la pujanza moral de una idea. Y las ideas

democráticas del Norte conquistarán al Sur, en cincuenta ó cien años, á más tardar en dos siglos. A no ser que los latinos, en la presente ó futuras generaciones, modifiquen su carácter nacional. La intolerancia en materias religiosas, el desamor á los trabajos corporales y el absolutismo gubernamental constituyen la trilogía de las dolencias mortales que afligen á la América latina, y mientras ella no sea eliminada de sus respectivos organismos, las agrupaciones latinas están destinadas á desaparecer del nuevo Mundo, absorbidas por la colosal homogeneidad anglo-sajona.

«Fareoona: enero 2 de 1902.»

CONDE LEÓN TOLSTOY.

LA POESIA LIRICA Y EPICA

EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

III

Al empezar el reinado de Isabel II, la revolución literaria del romanticismo coincidió con la revolución política. Grandes fueron entonces la vida y la actividad de los espíritus, manifestándose acaso en la poesía lírica antes que en nada, porque dicha poesía parece como que no requiere preparación, es espontánea y da frutos pronto y con poco cultivo. ¿Quién no tiene algo de poeta lírico en su alma? Nada más fácil, pues, que componer versos, pero nada más difícil que componerlos buenos, y nada sobre todo más raro, en cualquier país y singularmente en España, donde se lee poco, que llamar la atención con esta clase de obras y ganar por ellas popularidad, gloria y provecho. De aquí que á los poetas líricos se les pueda aplicar mejor que á nadie, en sentido meramente mundanal, aquello de que *muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Porque no basta escribir bien; menester es además que halle quien escribe un público predispuesto á escucharle ó á leerle, y capaz, por último de penetrar todo el sentido y de apreciar en su justo valer el mérito de lo que escucha ó de lo que lee.

Así explico yo que hubiese por aquel tiempo en España una exuberancia de lirismo que, saliéndose fuera de los moldes de la poesía lírica, y como rebosando, apareciese en la poesía dramática y hasta se dilatase y se ensesorease de la prosa, escrita ó hablada.

Sin temeridad puede afirmarse, á mi ver, que de cada cinco personajes que se han distinguido escribiendo para el teatro, en la carrera militar, en los altos empleos públicos, en la tribuna ó en el foro, cuatro, ó al menos tres, han comenzado componiendo coplas, malas ó buenas. No se extrañe, pues, que en este breve resumen sólo hagamos mención de poquísimos poetas líricos en comparación de la enorme multitud de ellos que sin duda ha habido y que han roto la lira ó que la han arrumbado, dando más útil empleo á sus esfuerzos y vigili-
Y esto, no sólo porque valiese poco la poesía lírica de los tales, sino porque la poesía lírica casi nunca es profesión, empleo ú oficio que llene la vida de un hom-

bre, sino que tal vez llena sólo algunas breves horas de feliz inspiración que bastan para hacer inmortal á quien la recibe en fecundo consorcio con la musa.

De los poetas españoles del primer tercio del siglo XIX todavía, podremos citar á algunos cuyo merecimiento está muy por cima de la fama que alcanzaron. De ellos puede decirse lo que, con razón, dijo Menéndez y Pelayo de Cabanyes en una magnífica oda:

¡ Dulce Cabanyes! En humilde tumba
Cubre tus restos el materno suelo:
Sobre ella vela el numen de la lira.....
El de la gloria duerme.

Por desgracia, las alabanzas dadas por el señor Menéndez no han hecho á Cabanyes más popular ni más conocido. La misma oda del señor Menéndez, que da tan clara y hermosa idea del valer del vate laetano, es tan poco leída y conocida como los versos de dicho vate. Tal vez la relativa obscuridad de Cabanyes proceda, en parte, de que vivió en provincias y no vino á cobrar celebridad en Madrid.

Por idéntico motivo alcanza también poca nombradía don José Somoza, y, sin embargo, nos quedan de él lindísimos versos, como, por ejemplo, el *Romance gitanesco* y *La sed de agua*.

En gran manera superior á Somoza, y casi tan olvidado como él, cuando no en Valencia y en Cataluña, en Castilla, fue el presbítero don Juan Arolas, inspirado y entusiasta autor de no pocas poesías cabalrescas y orientales.

En Madrid, al aparecer el romanticismo y luchar con la escuela llamada clásica, y al fin vencerla, el centro en que se reunían los ingenios de ambas parcialidades era el pequeño café contiguo al teatro del Príncipe, y que pronto se designó, por afecto y no por menosprecio, con el nombre de *Parnasillo*. Aquel vino á ser el foco de la revolución literaria; pero las mudanzas y novedades que la revolución trajo consigo se notaron más y fueron más benéficas que en la poesía lírica en la poesía dramática.

Harto más que como líricos, brillaron y florecieron como dramaturgos el gran crítico Larra, Gil y Zárate, García Gutiérrez y otros. La gloria que adquirieron algunos por sus dramas, casi eclipsó el brillo con que tal vez como poetas líricos hubieran podido lucir. Así don Juan Eugenio Hartzenbusch, cuyos *Amantes de Teruel* y cuya *Doña Mencía* el vulgo conoce y celebra, olvidando ó desconociendo su bellísima paráfrasis de *La campana* de Schiller, sus fábulas y varias elegantes y sentidas composiciones, como, por ejemplo, *La medianía de ingenio*. Así también, más tarde, don Ventura de la Vega, más famoso y más digno de serlo por *El hombre de mundo*, *Don Fernando el de Antequera* y *La muerte de César*, que por sus lindas y atildadas composiciones, entre las que sobresalen *Agitación* y *Orillas del Pusa*. Y así, por último, don Tomás Rodríguez Rubí, cuyo rico y aplaudido teatro ha hecho olvidar sus graciosas y originales poesías andaluzas.

El lirismo, no empleado por otros en la poesía lírica, ni en la dramática siquiera, persistió en el alma de ellos y prestó carácter, ya á las obras que escribieron en prosa, ya á las arengas que, lanzados en la



ANTIGUO TALLER DE TOVAR Y TOVAR, EN PARIS

vida política, pronunciaron. Pasmoso ejemplo de esta clase de poetas líricos, que rompen el freno y las ligaduras del metro y de la rima, y que en prosa vierten su inspiración á torrentes, fue el primero, el más original y el más enérgico y conciso, don Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas. ¿Qué son más sus obras, y singularmente el *Ensayo sobre el catolicismo*, etc., que un raro conjunto de odas, canciones, sátiras, elegías y trenos, escritos ó pronunciados con acento apocalíptico en resonante prosa? Notables muestras de este lirismo prosaico nos dan en Francia Chateaubriand, Lermínier, Lamennais, Edgardo Quinet y Pélletan; pero ninguno acertó por allí á poner este lirismo en la oratoria con mayor arte y con más estupendo caudal de imágenes y adornos floridos que don Emilio Castelar entre nosotros, por donde su nombre, merced también á la sinceridad y fervor de su patriotismo y al desinterés y nobleza de su conducta política, se ha extendido por España y fuera de España, y resuena y persiste aún acompañado de justas y altas alabanzas.

No adelantemos, con todo, y volvamos á tratar de la contienda ó de la guerra, más cortés que encarnizada, entre *clásicos* y *románticos*. Su término fue el triunfo del ro-

manticismo, si bien modificadas y suavizadas sus exageraciones por los *clásicos*, que después de burlarse de él con no poco donaire, se allanaron á aceptarle y hasta escribieron también *románticamente*. Entre éstos, primero enemigos y burladores del romanticismo y después conversos ó semi-conversos, figuran don Antonio María Segovia, *El Estudiante*, y *El Curioso parlante*, ó sea don Ramón Mesonero Romanos.

Pero, á mi ver, el más gracioso burlador y el más acérrimo contrario del romanticismo fue el fecundísimo é ingenioso poeta dramático y lírico, don Manuel Bretón de los Herreros. También en él la gloriosa nombradía de dramaturgo ha obscurecido, aunque no debiera, el refulgente laurel de oro que debe adornar y que adorna su lira. De la inexhausta vena de Bretón, de su alegre y candoroso ingenio, y de su maravillosa facilidad y maestría en el manejo del idioma, de la rima y del metro, han brotado multitud de canciones, odas, sátiras, epigramas, romances y letrillas, que todavía nos encantan, que guardamos en la memoria y que repiten con placer nuestros labios. Es más: yo creo que Bretón, hasta en sus comedias ó dramas, es, más que poeta dramático, poeta lírico. Los chistes y las agudezas que mayor deleite y risa promue-

ven, más que en la situación y carácter de los personajes, están en el primor, en la amenidad, en la versificación ingeniosa y en otras raras prendas de su estilo.

Nadie como Bretón ha compuesto parodias y burlas divertidas del romanticismo. La mujer es *rosa de Jericó*, *paloma del diluvio*, *fantástica visión de caledonio bardo*, *sueño fugaz de peregrino trovador provençal*, flor

Que seca y destruye el cierzo,
Fósforo que alumbra y muere,
Ráfaga que pinta en sueños
El demonio del amor,
Y fantástico compendio
De tinieblas y de luz,
De triaca y de veneno.

El amor de la mujer puede modificar radicalmente nuestro carácter, lanzarnos al crimen y hacer que montados.....

.....sobre innoble bestia
Y ciñendo la túnica y el gorro,
Preseas del ladrón y el homicida
Nos lleven al patíbulo afrentoso.

En cambio, la mujer contrariada en sus amores se matará prefiriendo la estrangulación, y dirá, amenazando á quien la contraríe: adiós,

.....y plegue al genio
De las tumbas que algún día
No te maldiga en el lecho
Con infernal carcajada
Mi descarnado esqueleto.

Sería cuento de nunca acabar seguir citando otras parecidas bromas de Bretón sobre el mismo asunto.

Los *románticos*, á pesar de su seriedad, á menudo lúgubre, no se descuidaban tampoco en burlarse de los *clásicos*. Lo que más ridicularizaban era la poesía pastoril. El pastor Clasiquino salió en caricatura en el periódico *El Artista*. No acertaba á concebir el romántico que hubiese pastores galantes y finos, y zagalas gentiles, aseadas y discretas.

Contra el empleo de la mitología grecolatina el romántico se desataba aún con mayor furia, aunque nuestros poetas anteriores al pseudo-clasicismo francés, Lope, Góngora, Tirso y el mismo Calderón, habían sido *mitologistas*. Los dioses gentiles, en quienes ya nadie creía, habían sido para ellos figuras retóricas, personificaciones de vicios y virtudes, de pasiones humanas y de fuerzas de la Naturaleza. Si conviene ó no el uso de estas personificaciones ó imágenes, punto es muy discutible y tan largo de dilucidar, que en este artículo no cabe que le dilucidemos. Pero en lo que me parece, á primera vista y sin mucha reflexión, que hay no poco de erróneo y más aún de ocasionado á faltar al respeto y á la veneración que á las cosas santas se deben, es en el uso de lo sobrenatural cristiano para adorno y máquina de los poemas. A nuestro Dios, elevadísimamente metafísico, que todo lo ha creado, que lo llena y lo penetra todo, que asiste en el abismo de nuestras almas, y que está en todo lugar por esencia, presencia y potencia, sería rebajarle con indecoroso antropomorfismo si le hiciésemos hacer un papel algo parecido al de Júpiter, Neptuno ó Venus en las antiguas epopeyas.

De nuestro cielo ortodoxo tenemos, además, muy cortas noticias. En él hay arcángeles, ángeles, serafines y querubines; pero de sus andanzas nada sabemos, á no ser por algún mensaje ó recado que hayan traído de vez en cuando á esta ó aquella privilegiada criatura de nuestro planeta. Ni siquiera sabemos los nombres propios de tan egregios mensajeros, salvo los de tres ó cuatro. Y todavía es más de notar que, si prescindimos de la condición puramente espiritual de los ángeles, y si nos atrevemos á prestarles formas sensible, echamos de menos el género femenino; todo lo indígenamente sobrenatural es varón. Hasta en lo que hay ó puede haber entre tierra y cielo, en lo sobrenatural semidivino, no quedan hembras tampoco, si con la mitología clásica expulsamos á las antiguas ninfas, nereidas, dríadas y náyades.

A fin de suplir la falta que proviene de esta expulsión, importamos, casi al empezar el romanticismo, además de las hadas que figuraban ya en España desde hacía mucho tiempo, otras varias hembras sobrehumanas traídas de remotos países y creadas por extrañas religiones y supersticiones. Así vinieron á vivir entre nosotros las sílfides, las ondinas y las salamandras. Así también, para uso de los mahometanos, que en los antiguos romances moriscos hablaban de Cupido, de Venus y de Marte, introdujimos y pusimos en moda las huríes. Y así, por últi-

mo, se trajeron también para poblar y animar los espacios fantásticos de la poesía española, peris de la Persia, apsaras de la India, y hasta valquirias de las regiones hiperbóreas; pues ya Maury habla de ellas más de setenta años antes de que las viésemos y oyésemos cantar en el teatro musical de Wagner.

Menester es, con todo, que confesemos que valieron de poco tales importaciones. Ondinas, sílfides, peris, apsaras y valquirias, aunque sea ruin y plebeya comparación, estaban entre nosotros como gallinas en corral ajeno. Rara vez, ó casi nunca, las tomó por su cuenta la poesía. Y si por dicha gozaron en alguna ocasión del favor del público, lo debieron al arte coreográfico, merced á las piruetas y graciosas contorsiones de algunas esbeltas bailarinas.

La verdad es que todo lo sobrenatural, no sólo grecolatino, sino de cualquiera otra procedencia, no podía ya entrar franca y abiertamente en las poéticas narraciones.

Desde las dichosas y ya muy distantes edades divinas en que los mortales inocentes y cándidos y los inmortales benévolos se visitaban, se veían y hasta se enamoraban, toda ficción de esta clase tenía mucho de falso, de anacrónico y de artificioso. Nunca mejor que en nuestra época puede decirse con verdad, hablando de los inmortales, lo que ya dijo el poeta latino:

*Quare nec tales dignantur visere coetus,
Nec se contingi patiuntur lumine claro.*

La poesía épica, en su más estricto y riguroso significado, no es ya posible. Por poesía épica entendemos hoy la poesía narrativa. La epopeya se ha trocado en leyenda. Lo que todavía se sobrepone á lo natural, el misterio y el milagro, apenas aparecen ya en la leyenda por la causa, sino por el efecto. El agente, el creador del hecho prodigioso, queda casi siempre como poder oculto que nos vela densa nube y que rara vez se atreve el poeta á evocar y representar con perfiles determinados y precisos y como visión clara y distinta.

Desde esta poesía narrativa, desde la leyenda donde el prodigio, el misterio y lo suprasensible aparecen nebulosos, vagos é inciertos, hasta la novela en prosa donde ya se desvanecen del todo, poco queda por andar. Cuando se ande, la leyenda en verso pasará por completo de moda, y triunfará y prevalecerá la novela, la cual será tanto más aplaudida cuanto más experimental y más naturalista sea. Las pasiones, los nervios, el atavismo, el medio ambiente y otros factores de la misma laya, harán el papel de divinidades malévolas y benévolas, de genios y de ninfas y de ángeles y demonios, que nos extravíen ó nos guíen, que determinen nuestros actos y que dirijan nuestros destinos.

Otro ingrediente exótico, aunque en muy corta dosis, entró también en la combinación para formar el romanticismo de España. Me refiero al conjunto de poemas, más ó menos apócrifos, atribuidos al bardo escocés Ossian, y restaurados ó inventados por Jacobo Macpherson. El cantar melancólico del padre de Oscar se oyó muy poco en España.

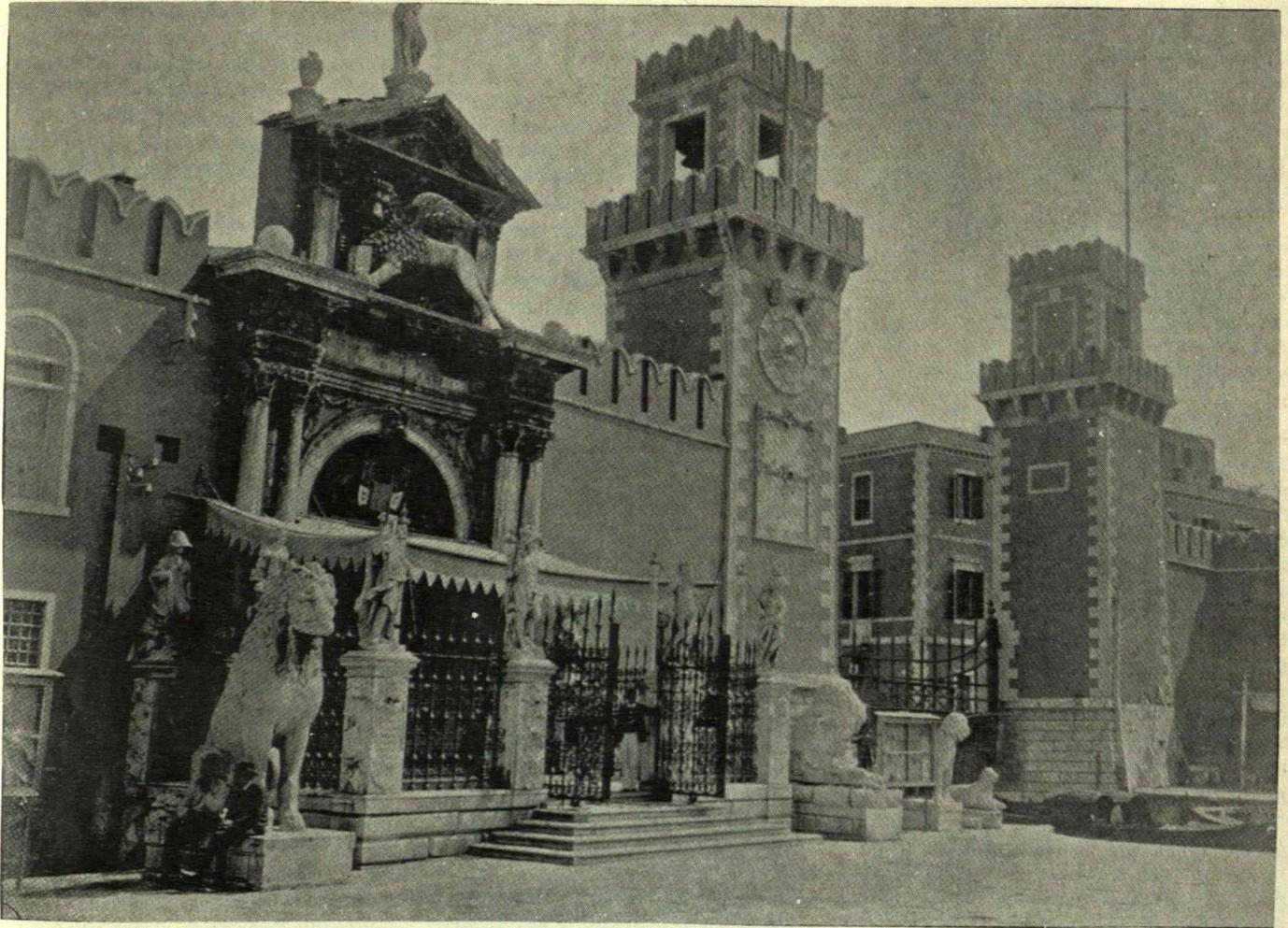
Quando en la roca de Lochlin sentado,
Pulsaba el arpa al lado de Malvina,
Y la voz ronca del torrente hinchado
Sobrepujaba con su voz divina.

Hace algunos años se leía entre nosotros en inglés mucho menos que ahora, y Ossian hubo de darse á conocer por aquí, ya en imitaciones ó traducciones francesas, ya por la elegante traducción italiana en verso de Cesarotti, ya por la castellana, en verso también, de Montengón, que ha de haber circulado poco y que confieso que no conozco. El entusiasmo y la imitación de Ossian han dejado, no obstante, cierta huella en una que me parece manía, aunque el Diccionario de la Academia la disculpa y casi la autoriza: la de llamar á los poetas bardos; lo cual, en mi sentir, equivale á llamar druidas á nuestros clérigos y frailes.

Rasgo harto más esencial, y no peregrino, sino propio de nuestra tierra, fue cierto disgusto de las cosas presentes que nos hizo volver la vista hacia lo pasado con amor veheméntísimo. La decadencia de España, mayor cada día, si la comparáramos con el encumbramiento de varias naciones de Europa; la América que fue nuestra, alzada en rebelión contra nosotros, y el desorden, la anarquía y los apuros económicos causados por las estériles y largas discordias y por los opuestos bandos de liberales y serviles, movieron á muchos á soñar con antiguas y más prósperas edades, y á ser un tanto cuanto *retrógrados*, al menos en teoría. Ingenios aristocráticos se señalaron en esto, iniciando dicha propensión. El liberalismo moderno había además, aunque involuntariamente, cometido varios crímenes de lesa patria, falseando nuestra historia y dando por indisentibles muchos injuriosos asertos de gente extranjera y enemiga. Era menester, por lo tanto, volver por el honor de España y defenderla en verso contra los ataques que en verso se le habían dirigido. Dos ilustres próceres, don Mariano Roca de Togores, después marqués de Molins, y don Bernardino Fernández de Velasco, duque de Frías, tomaron á su cargo este empeño.

Sin dejar de ser *liberalísimo* y hasta demócrata, Roca de Togores se complace en pintarnos el respetuoso cariño, la patriarcal y digna familiaridad, y la alianza, fecunda en hechos heroicos, de la aristocracia y del pueblo español en los tiempos antiguos. Así inspirado, compuso en los *Recuerdos de Salamanca* uno de los más bellos romances que se han escrito en lengua castellana:

Salud, altos pensamientos,
Restos de tiempos mejores,
Ocultos en estos campos,
Olvidados en la corte.
Así, del héroe famoso
Enmohecido el estoque,
Yace motaraz cuchillo
Lo que fue gloria del orbe.
¿ En dónde están de Castilla
Los robustos infanzones?
¿Cuál tierra labran ahora
Sandoval y Bracamonte?
¿Do está de Haco y Maldonado
La labor? ¿En dónde, en dónde
Los héroes en Villalar
Vencidos ó vencedores?
Un tiempo fue, cuando rotos
Los flamencos escuadrones,
El Duque de Alba, el dechado
De los tercios españoles,
Viendo el correr de los trillos
Y el tañer de los albugues,



VENECIA: El Arsenal

Olvidó el són de las trompas
Y el rodar de los cañones,
Y mansamente sentado
Cabe las henchidas trojes,
Contaba sus propios hechos
A sus propios labradores.

Aún está más marcada la intención aristocrática y patriótica del Duque de Frías cuando éste refuta las apasionadas acusaciones y responde á las crueles diatribas de Quintana. Insufrible era, cuando casi todas nuestras colonias de América se habían alzado en armas contra la metrópoli, no negar que los españoles, con espantosa ferocidad, habían convertido en un desierto á la *América inocente, virgen del mundo*. Y en todo caso, más directos descendientes de los crueles, y más herederos del fruto, botín y saqueo de sus tropelías eran los rebeldes de por allá que los españoles de la Península. Con razón, pues, los apostrofa el Duque, diciendo:

¡Gentes que alzáis incógnita bandera
Contra la madre Patria! en vano el mundo
De Colón, de Cortés y de Pizarro
A España intenta arrebatar la gloria
De haber sido español; jamás las leyes,
Los ritos y costumbres que guardaron
Entre oro y plata y entre aroma y pluma
Los pueblos de Atahualpa y Moctezuma,
Y vuestros mismos padres derribaron,
Restablecer podréis: odio, venganza
Nos juraréis, cual pérfidos hermanos;
Y ya del indio esclavos ó señores,

Españoles seréis, no americanos.
Mas ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostrare los furores,
Al arrojar en áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la cruz del Gólgota plantada,
Y escuchará la lengua de Cervantes.

Yo no sé si se cumplirá ó no tal pronóstico. Yo no sé si el habla castellana desaparecerá de América, ó porque nuestros hermanos la olviden, ó porque otra casta superior los arroje de aquel suelo ó los obscurzca y confunda, apoderándose de todo. No lo permita Dios por amor de nuestra casta. Pero lo que es innegable, es que los españoles no destruyeron una civilización que no existía; porque, á pesar del oro, de la plata, del aroma y de las plumas de que el poeta nos habla, había sólo espantosa barbarie, opresión supersticiosa y miles de sacrificios humanos. España, en vez de destruir al indio, le restauró en la noble condición humana, de la que había decaído en gran manera. Harto mejor que los versos explica esto la humilde, sencilla y verídica prosa de Gomara, al hablar así de los indios: «Agora son señores de lo que tienen con tanta libertad que les daña. Pagan tan pocos tributos, que viven holgando: ca el Emperador se los tasa. Tienen hacienda propia y granjerías de seda, ganados, azúcar, trigo y otras cosas.» Y más adelante: «Nadie pien-

se que les quitan los señoríos, las haciendas y libertad, sino que Dios les hizo merced en ser españoles, que los cristianaron, y que los tratan y tienen ni más ni menos que digo. Diéronle bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan, y de carne para que coman, ca les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida.» ¡Qué tal sería la civilización de los indios cuando ni candil para alumbrarse habían inventado?

En la defensa del Rey Felipe II, impugnando *El Panteón de El Escorial*, de Quintana, estuvo también muy atinado el Duque de Frías, aunque poeta inferior á su contrario. Tal vez pudiéramos calificar á aquel monarca, tanto como de prudente, de cominero y engorroso. Ardua empresa es hacer su apología y presentarle cual dechado de bondad y de filantrópica dulzura. ¡Pero fueron mejores que él otros reyes y príncipes de su tiempo? ¡Valían más que él, moralmente, su suegra Catalina de Médicis, Carlos IX y Enrique III de Francia, ó el déspota inglés Enrique VIII y su tremenda hija, á quien llama Góngora

Mujer de muchos y de muchos nuera,
Oh reina torpe, reina no, mas loba,
Libidinosa y fiera?

El furor de Quintana contra Felipe II es,

por consiguiente, exagerado y declamatorio. Algo hubiera debido perdonársele, atendida la época en que vivió y poniendo en la balanza las buenas cualidades que también tuvo, y el mérito y la fortuna de haber llegado España bajo su cetro á la cumbre de la preponderancia y de la grandeza. Bien está, pues, que diga el Duque, y más discretamente aún poniéndolo en boca de un monje que pronuncia desde el púlpito la oración fúnebre:

Fue del prudente rey el poderío
De moros y de herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,
Gloria del trono, de la Iglesia brío,
Temido en Flandes, respetado en Trento;
Y, desde el mar de Luso á la Junquera,
Hubo un cetro, un altar y una bandera.

Por lo demás, ni en las poesías líricas y narrativas del Duque de Frías y de Roca de Togores, ni en otros buenos versos de la primera mitad del siglo XIX, se acierta á distinguir bien lo clásico de lo romántico, ni se halla marca característica que lo determine. En la poesía dramática es donde el romanticismo se señala más distintamente. Y sí en la lírica amatoria aparece también en ocasiones con signos vigorosos, es por exageración de los sentimientos, que de puro endiablados y frenéticos rayan en falsos. Así es, que sin exagerar nada, con verdad sincera y con sobria y pujante maestría de estilo, Gellego vence, á mi ver, á casi todos los románticos en la tierna admiración de la hermosa del alma y del cuerpo de la mujer, á quien ni *la mano fría de la razón*, ni *la mariposa negra*, ni *la Sirena del Norte*, ni la misma muerte, logra convertir en *desechada momia*, en su imaginación y en su entusiasta recuerdo. La elegía ó canto fúnebre á la Duquesa de Frías es, para mi gusto, de lo más sentido, apasionado y bello que en verso castellano se ha escrito. Y no citaré aquí versos en apoyo de mi afirmación, porque vacilaría para elegirlos ó tendría que citarlos todos.

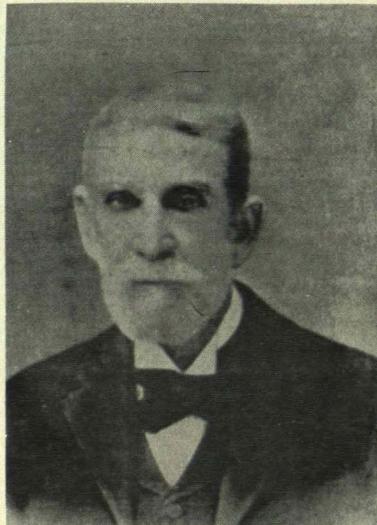
Tanto como los poetas y literatos que vivían en España al empezar el reinado de Isabel II, contribuyeron al triunfo del romanticismo, prestándole novedad, energía y carácter, los que por cualquier motivo, voluntariamente ó por fuerza, estuvieron emigrados, en Inglaterra, en Francia, y en otros países, durante el reinado de Fernando VII.

Algo semejante había ocurrido en Francia con el romanticismo. También allí le llevaron los emigrados, cuando á la caída de Napoleón I volvieron á su patria. Tan importante fue el papel de estos emigrados, y tan poderoso su influjo en aquella gran literatura, que el célebre crítico dinamarqués Brandes, en su notabilísima obra titulada *Las principales corrientes de la literatura en el siglo XIX*, les dedica un tomo entero. Lo que la Baronesa de Staël, Chateaubriand, Benjamín Constant y otros fueron para Francia, lo fueron más tarde para España, ya desde tierra extranjera, ya después de repatriarse, don Juan María Maury, don Francisco Martínez de la Rosa, don José Joaquín de Mora, don Antonio Alcalá Galiano y don Angel de Saavedra, duque de Rivas. Al volver á España, enriquecido el espíritu por

el estudio de otros idiomas y literaturas, por el trato con diversas gentes y por la contemplación de civilizaciones extrañas y distintas, asimilándose bien lo adquirido, y convirtiéndolo en sustancia propia, nos trajeron ó nos enviaron obras de muchísimo valer, que modificaron entre nosotros el gusto estético y pudieron más que el influjo directo de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas y de otros románticos franceses para que el romanticismo floreciera en España con sello peculiar y con poco ó ningún *galicismo* de pensamiento. Tan egregios emigrados importaron y produjeron tanto y tan bueno, que, á pesar de que aspiro á que este escrito sea un breve resumen, tendré que extenderme más de lo que pensaba y tratar en artículo aparte de dichos emigrados y de sus obras.

JUAN VALERA.

SUETOS EDITORIALES



SEÑOR FELIPE DE MONTEMAYOR

A una edad avanzada, después de una larga vida consagrada toda ella á una tarea doblemente meritoria, ha muerto el señor don FELIPE DE MONTEMAYOR: fue un hombre de labor enaltecedora y un jefe de familia que se esforzó y alcanzó á educarla y formarla en el mismo culto del trabajo y la austeridad.

Aun después de poner á diario todas las energías de sus mejores años al servicio constante de su ideal y su propósito, aun después de haber realizado gran parte de ellos, no supo de treguas en su esfuerzo y su faena y ha caído, portando todavía la coraza de su pelea, puede decirse, sobre el campo de su batalla perpetua.

Bien merece el anciano benemérito un homenaje á su memoria, sincero como el que le tributamos en ocasión para los suyos dolorosa y de inextinguible tristeza en sus corazones, y en la cual los acompañamos con la protesta de nuestro pesar.

ILUSION. ESPERANZA

Nuestro amigo y exquisito colaborador don Eduardo Calcaño nos ha sorprendido agradablemente, con el obsequio del bello artículo que con el título de estas líneas exorna las columnas de la presente edición.

Delicado, pulquérrimo en el sentimiento y la expresión, visionario de altas ilusiones y de esperanzas egregias, siempre artista, en esas líneas vibra el alma fina y trasluce la gallarda silueta del pensador y del poeta.

Presentámosle el voto de nuestro reconocimiento por su gentileza.

SUSPENSION DEL BLOQUEO

En el momento oportuno y preciso, el cable y la prensa diaria informaron á nuestros lectores del progreso y resultado de las negociaciones establecidas en Washington entre el representante de Venezuela y los de Alemania, Inglaterra é Italia.

Punto previo de los arreglos definitivos, postulado por Venezuela, fue la suspensión del bloqueo de nuestras costas, las cuales están de nuevo abiertas al comercio y arribo desde el 15 del mes pasado.

Mientras él subsistió, el asunto conservaba sus caracteres de inmediata gravedad, dado el sistema de agresiones violentas é inesperadas y la permanente exposición á nuevas complicaciones que comportaba la conducta de los comandantes de las escuadras aliadas.

Ya no solamente nuestros intereses más valiosos y sagrados se hallaban aventurados á una suerte cuyo aspecto era imposible prever, pero que envolvía la certidumbre de exaltar más y más la natural animadversión del pueblo y originar episodios de creciente importancia, cuyo punto de partida amenazó ser el bombardeo—infeliz para las naves alemanas—de la fortaleza de *San Carlos* y el paso al Lago de Maracaibo: ya la cuestión era encarada por las previsiones de la política continental, como asunto que en realidad significa infinitamente más que el cobro de una suma nada cuantiosa ante los reales intereses económicos de los reclamantes; y en tal situación, los pensadores, los tratadistas, los políticos y la prensa de América y Europa, al juzgar y ponderar la trascendencia del acontecimiento en que éramos los primeros comprometidos, tributaron á nuestra actitud los homenajes de justiciero reconocimiento y aplauso á la actitud de un pueblo, si consciente de las faltas que se le puedan imputar, también valerosamente altivo é inteligente para determinar enérgicamente hasta dónde debe llegar el imperio racional de la justicia, más allá de cuyos límites ha demostrado que no acepta dominio sin protesta.

siones que sólo esos días pasaron por el horizonte del soñador: la época propicia, la esperanza que se fingió leal, la vida que se ofreció elemental, las fuerzas que se sintieron poderosas, el hombre mismo, señor de tan egregio dominio, todo ha caído, todo está desvanecido, y la lenta penumbra de tenaz tristeza que nos está decretada, voltea incoercible sus espiras sombrías y van llenando y empañando todos los últimos escondrijos de la luz y la esperanza.... Y ya tampoco viven Michelena y Rojas, y están tristes y enfermos los que aún se mueven, para que acaudillasen de nuevo la esperanza y la luz y la hiciesen otra vez victoriosas y triunfales.

B. van der Helst

Pertenece á la Holanda del siglo XVII. Antes de ser el pintor excelente de las corporaciones y los grandes y numerosos grupos, llenos de bullicio y de movimiento, fue notable retratista, fidelísimo á los preceptos, á la enseñanza y á los caracteres de las obras de su maestro Rembrandt.

En el catálogo de sus obras más nombradas figuran los dos cuadros cuyas copias reproducimos.

El lazo llanero

Otro de los esbozos del «Patriarca de los pintores venezolanos» tiene por asunto el momento en que el llanero celebrado se lanza al escape de su corcel tras el toro bravo de la pampa, para cautivarlo y abatirlo bajo el lazo recio de la propia piel vacuna, retorcida en poderoso cable.

La silueta del domador, rayada sobre el fondo del estudio del pintor, evoca la del real hipántropo de la llanura, enchapado sobre el distante claror del horizonte; pequeño de estatura, curtida la piel por el sol inclemente, lustrada por el torrente de sus lluvias que á él mismo sobrecogen de íntimo espanto ó por el raudal revuelto é irresistible de sus abultados caños, alerta la mirada á las acechanzas enemigas de la llanura horadada por grietas profundas ó de la fiera cazadora de humanas presas, bordada la epidermis de gruesas cicatrices delatoras del afán de su vida selvática y de perpetua pelea, vuela el ginete, en competencia con el huracán pampero, tras la negra masa movable y veloz del toro indómito, fija el ojo certero sobre el empinado testuz coronado de agudas astas: carrera formidable y espantosa á la muerte y á la tumba, que puede abrirse de improviso bajo los cascos del bridón.....

Tipos populares

Uno de los estudios de Tovar y Tovar publicados en nuestras columnas está consagrado á la serie de tipos populares cuya memoria deben conservar la mayor parte de nuestros lectores de la capital.

Cada ciudad posee los suyos, vivientes ejemplares sintéticos, que llevan en sus rasgos, en su aspecto, en su especial vocabulario paramentado de extravagantes ú originales sentencias que son semillero de villancicos y refranes, algo documentario, melancólico ó risueño, de los aspectos de un estado social, de un momento histórico, de

una situación política, de una moda pasada. La carga ya inútil de los deseos, de los amores ó de las amarguras populares, que el eterno Voltaire doblado de Scapin, despiden con un gesto inimitable de desdén y de filosófica valentía y van á refugiarse en el alma y bajo los andrajos de esos tipos, que nunca lloran, sino que cantan la ventura ilusoria ó ya ida, ó sonríen al dolor tenaz de una multitud victimada por algún día adverso.



Cráneos estéticos

En ciertos países se acostumbra confeccionarles á los niños el cráneo conforme á la estética en uso.

Al piecicillo de las chinas hay que agregar hoy el cráneo de los habitantes del Pendjab. Según M. Elliot, en Guzerata se «trabaja» el cráneo del niño desde la más tierna edad. Se le hace acostar de tal manera, que en tanto que el cuerpo descansa sobre varios espesores de tela, la cabeza se apoya en el duro suelo. Así se llega al achatamiento de la parte posterior del cráneo, signo de belleza.

Además, diariamente la madre amasa, aprieta y aplana con las manos la región occipital.

Existe otro método. Se recurre á una especie de gorro sólido: á un pote de tierra, que tiene un lado plano. Toda la parte interior está forrada de fieltro. El niño duerme con la cabeza dentro del pote, cuya parte plana se coloca del lado del occipucio.

La moda quiere que el cráneo sea muy aplastado por detrás; pero se preocupa, además, de que la nariz sea larga y aguda; en consecuencia, se forma la nariz. Para esto, mañana y tarde, una buena madre debe comprimir y estirar suavemente, entre los dedos, la nariz del niño. La barba debe estar también adornada de un hoyuelo; para conseguirlo, se aprieta diariamente, con una varilla de madera labrada, el centro de la barba hasta que las carnes se estrechen y se ahuequen. Un hermoso hoyuelo vale mucho más tarde, sobre todo en la mujer.

También se cuidan las piernas: se obtiene y asegura su rectitud por medio de bandas rígidas de tela.

He aquí cómo se hace á los niños «bien hechos» según la moda, en el país del Pendjab!

Las telas de araña como medio de oír bien

Había en Inglaterra un salón magnífico desde el punto de vista de la acústica. Estaba muy descuidado en cuanto á limpieza. Un día, con motivo de una fiesta, lo limpiaron de veras y quitaron todas las telas de araña, y no eran pocas, que había en el techo ó en los rincones. En el acto el salón perdió sus condiciones acústicas, y no había manera de oír á los oradores.

Esto fue lo que contó hace pocos días el doctor Javal al principiar la sesión de la Academia de Medicina de Francia, que se ha instalado hace poco en un edificio cuyos defectos acústicos son muchos.

M. Javal no sacó de su anécdota la deducción de que debieran instalarse telas de araña en el precioso y nuevecito salón de la Academia.

La Medicina del Siglo.

Los méritos que encierra la Emulsión de Scott están en las propiedades de los elementos que la componen.

El aceite de hígado de bacalao puro que contiene, ALIMENTA.

Los hipofosfitos de cal y sosa FORTIFICAN los huesos.

Su buena fabricación hace que estos elementos sean prontamente asimilables y gratos al paladar.

Por estas razones todos los médicos del mundo prescriben siempre

LA EMULSION DE SCOTT

de
Aceite de Hígado de Bacalao
con
Hipofosfitos de cal y de Sosa.

Los anémicos, los raquíuticos, los atacados con frecuencia de catarros, los palúdicos y cuantos deseen verse vigorosos deben tomar la EMULSION DE SCOTT porque es el medicamento más valioso en el tratamiento del raquitismo y anemia infantil, porque es un alimento productor de grasa del más alto grado; porque es el tónico y reconstituyente más poderoso conocido.

Certificados de médicos lo han dicho: para los enjutos de pecho, para la tisis, resfriados y catarros crónicos, ninguna medicina es mejor que la EMULSION DE SCOTT.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.
De venta en las Boticas.

1 A

Pero dijo que en lo que él había referido había una indicación que no debía echarse en saco roto, y que esa indicación apuntaba la conveniencia de tender entre el auditorio y el techo hilos de algodón que sirvieran para transmitir mejor á los oídos de los oyentes las palabras del orador.

Parece que la Academia se propone llevar á cabo esta original reforma.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la anemia

Embarazos y dentición

En las diarreas y afecciones intestinales

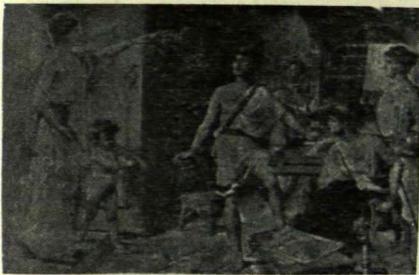
Precio en toda Venezuela :

Pote grande Bs. 2,50

Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República



EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año **1903**

Está á la venta

Para hacer callar á los niños

LOS NUEVOS MÉTODOS CIENTÍFICOS

Todavía no se ha descubierto remedio alguno infalible para hacer callar á un niño de pecho. La humanidad viene persiguiendo desde hace siglos la solución de este problema, y todavía no ha llegado á ella. No cabe duda de que se trata de una molestia trascendental que hasta ahora ha hecho gastar no poca paciencia y perder no poco tiempo á mujeres y á hombres. Por lo tanto, pretender que un sistema sirva para hacer callar instantáneamente y siempre á los llorones, sería aspirar á lo imposible. La ciencia, que hoy se ocupa de todo, ha tratado también esta cuestión, y aconseja un método en el cual hay un rasgo que no deja de tener novedad.

Los niños pequeñitos lloran porque están enfermos, porque les molesta algo ó por vicio. En el primer caso, claro es que no hay más solución que medicinarlos. En el segundo hay que buscar lo que les molesta, y después tranquilizarles los nervios aflojándoles las ropas y haciéndoles tomar una postura de descanso.

Cuando una criatura se empeña en llorar pone en movimiento la casa entera; todo el mundo se ocupa en buscar algún medio, generalmente ruidoso y extravagante, de «distraerlo.» Si el niño está nervioso, aquel estrépito y aquel movimiento continuo le irritan más, porque los nervios de los niños son más sensibles que los de las personas mayores.

Si el niño llora, no porque esté nervioso ni enfermo, sino por vicio, el remedio de la agitación y del ruido es también contraproducente, porque la criaturita lo que busca es aquel jaleo á que la han acostumbrado, y que, por lo visto, le divierte, y una vez tomada

==== **POSTALES**
 EL COJO ILUSTRADO ====



Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 50 variantes, y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

la costumbre, no hay manera de quitarla, sobre todo si desde el principio que lloró por la noche se la pasaron paseándole y cantándole. Los médicos que han estudiado la materia, principalmente en Alemania, aconsejan hoy día que á los niños que se empeñen en llorar, si no están enfermos, se les ponga boca

arriba en la cama, después de aflojarles la ropa, y se les enseñe algún objeto de colores brillantes, como, por ejemplo, una bola de las que se ponen en los kioscos. No se debe colocar el objeto demasiado alto ni demasiado hacia atrás, sino más abajo que la línea de visión del niño, hacia los pies, con objeto de que la criatura no tenga que hacer esfuerzo para verlo, sino que al mirarlo se vea obligado á cerrar casi los ojos, lo cual le descansa, y le induce al sueño; también debe cuidarse de mover el objeto lentamente.

Pero el remedio que patrocinan como soberano, el que hemos dicho que tiene mayor novedad, es el de poner una mano sobre la cara del niño, aplastando ligeramente la nariz y oprimiendo no menos ligeramente la boca, de modo que el niño se sienta molesto y experimente una sensación algo desagradable de dificultad al respirar.

Cuando la criatura tiene carácter enérgico, trata de apartar de su cara la mano que le oprime; se cede entonces, pero si vuelve á llorar se vuelve á poner la mano en la cara, como antes, y así sucesivamente hasta dominar la resistencia.

Al caba de unos cuantos días de hacer esto, la criatura llorona aprende que siempre que llora le molestan de aquel modo, y acaba, á la larga, por perder el vicio de llorar sin motivo.

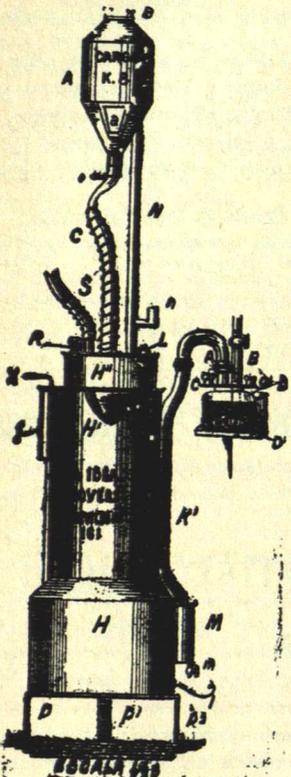
La prueba es fácil y no lastima en nada á los niños, sino que les hace el beneficio de impedirles llorar sin motivo. Verdad es que no faltan médicos que digan que á los niños les conviene llorar, y contra más fuerte mejor, para desarrollarse los pulmones.

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2150

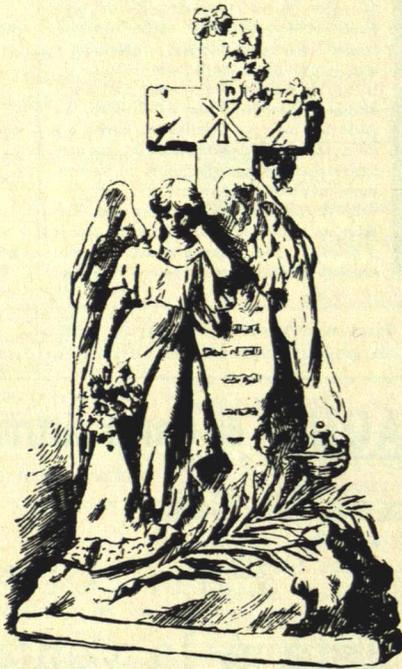
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno
 Aparatos sistema RoverSI—Carburo de calcio de \$ 7 a 12 el quintal de 100 lbs. según condiciones—Osmadores, Bunsen, Eorallas, Lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas.—El IDEAL a caída de carburo en el agua—Privilégio N. 161.



Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Puro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería RoverSI—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldivia—Montemayor, etc.

Más de 20 son los aparatos colocados
 Carga de k 1 a k 50 — Valor: de \$ 10 a \$ 250

La mejor recomendación.—Las siguientes palabras han brotado de la pluma del doctor S. Vaomonde Blesbois, distinguido facultativo de Caracas:

“La mejor recomendación que puedo hacer de la Emulsión de Scott—que no la necesita, por cierto—es decir que dicho preparado se está consumiendo en mi propia familia.”

Un monomaniaco original

Vivir cincuenta años sin hacerse ropa, usando constantemente el mismo traje, es, en verdad, un caso curiosísimo de monomanía, quizá único en la historia de la indumentaria personal.

Ese caso acaba de ser observado en Italia, y nos dan cuenta de él los periódicos de Turín.

Tratábase de un buen señor llamado Mecca, fallecido hace poco, quien, á consecuencia de una contrariedad amorosa, experimentada hace cincuenta años, juró vivir de manera tan extravagante y contraria al comercio de sastrería.

Allá por el año de 1852 enamoróse Mecca de una bella damigela, cuya mano solicitó y obtuvo. Llegado el día de la boda, vistió Mecca el consabido traje de levita y se encaminó á la iglesia en busca de su futura.

Cuando iba el sacerdote á dar su bendición á los novios, sobrevino un incidente que dió al traste con el proyectado matrimonio.

Esta ruptura afligió tanto á Mecca que hizo formal promesa de no vestir jamás otras prendas que las llevadas en el acto de la boda.

Transcurrió el tiempo; el traje iba despareciendo, «lenta, pero continuamente», hoy

un pedazo y otro mañana. Pero el infeliz Mecca, con inacabable paciencia, sustituía el trozo fugitivo por otro de tela parecida, de tal suerte, que al cabo de medio siglo no restaba ya del traje de boda sino los forros y un pedazo de manga.

No hace muchas semanas que un pariente de Mecca, avergonzado de verlo transitar por las calles hecho un espanta-pájaros—porque ha de saberse que el monomaniaco pertenecía á una familia rica—, le mandó á hacer ropa nueva, y aprovechando, cierto día, el sueño del ente estafalario, le cambió los andrajos semicentenarios por el traje flamante.

Al enterarse Mecca de la sustitución enfermó y vino á morir, quince días después, sumido en el más hondo pesar.

VINO NOURRY

YODOTÁNICO
 á la vez

Depurativo y Fortificante.

**DEBILIDAD GENERAL
 ANEMIA
 LINFATISMO
 ENFERMEDADES del PECHO**

El **VINO NOURRY** reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las **Mujeres** (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los **Niños** (escrófulas, usagres, etc.)

SE VENDE

EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS



F. COMAR & FILS
 PARIS

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

y la Dirección al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

Las orejas

El examen atento de más de cuarenta mil pares de orejas, efectuado en Inglaterra y en Francia, ha permitido obtener las siguientes conclusiones:

La oreja continúa creciendo en las últimas décadas de la vida y no deja de crecer hasta la muerte. Si se tiene el trabajo de observar en una reunión, por ejemplo, en la iglesia, se verá que las personas de más edad tienen las orejas mayores que las jóvenes. Una mujer que tenga las orejas pequeñas á los veinte años, las tendrá medianamente grandes á los cuarenta y enteramente grandes á los sesenta.

¿Por qué crecen las orejas toda la vida más que las narices? Esto todavía es un misterio. Son muy interesantes varias otras observacio-

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIEMATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del *Higado*, del *Estómago*, del *Corazón*, *Gota*, *Reumatismos*, *Fiebres Palúdicas* y *Perniciosas*, la *Disontería*, la *Grippe* o *Influenza*, las enfermedades del *Cutis*, las *Lombricias* y todas las enfermedades ocasionadas por la *Bilis* y las *Flemas*.

Rehúcese todo antiemático que no lleve la Firma **PAUL GAGE**
 Depósito General, Dr **PAUL GAGE** Hijos, 1^{er} de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, París
 y en todas las farmacias

EXIGASE EL VERDADERO NOMBRE DEL DR. GUILLIE

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** más recientes y antiguas **las TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** para curar las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9^{bis}, Rue Lacaze, París y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
 Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

ACRITUD DE LA SANGRE

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO **VEGETAL** EL MISMO AL YODURO DE POTASIO prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL** **TRATAMIENTO Complementario del ASM.** Soberano en **Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, Gota, Reumatismos, Angina de pecho, E.rrhénia, Tuberculosis.**
 102, Rue Richelieu, París y en todas Farmacias del extranjero.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas **Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.**

Empleado con el mejor éxito.

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO SOLUCIÓN TITULADA Las **Grageas** hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. **AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas**

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN Medalla de ORO de la 3^{er} de 1^a de París.

LABELONYE y C^{ia}, 99, Rue d'Aboukir, PARÍS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Rehúcese los productos similares

J. SIMON
 13, r. Grande Bouteillerie, París



nes relativas á las orejas :—su forma se trasmite por herencia ; toda oreja se trasmite de padre á hijo, de generación en generación, con muy pocas variaciones.

Acaso no exista en el mundo una persona que tenga un par de orejas perfectamente semejantes. En una misma persona, las orejas difieren sensiblemente una de otra, no solamente en la forma sino también en el tamaño.

A menudo, no están colocadas tampoco de la misma manera en la cabeza.

Un caso psicológico singular

Un médico escocés refiere en *The Lancet* el ejemplo interesante y curioso de un fenómeno sin duda conocido y del cual se tienen varios casos ; pero que rara vez se presenta con tanta precisión como en la circunstancia de que se trata.

El sujeto de la observación es una mujer, de edad de setenta años, que entró en el hospital á causa de una bronco-pneumonía. En el curso de la enfermedad fue atacada de delirio, como acontece á menudo, y durante este delirio se oyó con sorpresa que pronunciaba largos discursos en una lengua que nadie pudo comprender al principio. Durante cuatro días seguidos continuaron los discursos ; en ciertos momentos parecía recitar estrofas ; en otros parecía que conversase. El mismo poema salía de sus labios repetidas veces. Nadie comprendía una palabra, hasta que una señora, que había pasado la mayor parte de su vida en la India, declaró al oír la que hablaba sencillamente en hindú. Reconoció perfectamente bien una poesía que le era muy familiar y que formaba parte del repertorio usual de las ayas encargadas en aquel país del cuidado de los niños ; tradujo también las conversaciones que la enferma sostenía con sus interlocutores imaginarios. Ya no había dudas respecto á la lengua en que hablaba la mujer y la cual continuó empleando más de un día.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-RIERO

El más poderoso Regenerador.

Al fin, el hindú desapareció gradualmente y la enferma habló luego en inglés ; pero no lo hacía sino á personas que había conocido durante su infancia y se refería á cosas y hechos de aquella edad.

Horas después hubo un cambio gradual : la mujer se servía aún del inglés, pero muy mezclado con el francés y el alemán, y las personas á quienes se dirigía eran relaciones de fecha más reciente, los sucesos de que hablaba estaban menos alejados en el pasado. Luego, fue cesando el delirio ; allí se detuvieron las observaciones, de las cuales se desprenden dos casos precisos.

El primero es la reaparición, en el vocabulario, del hindú, esto es, de la primera lengua que habló la enferma. Había nacido en la India, en efecto, y allí había pasado los tres primeros años de su vida, no viéndolo sino con los criados indígenas y hablando, por consiguiente, su lengua. A esa edad abandonó el país y fue á Inglaterra, acompañada por su aya que la abandonó en segundas. Desde su niñez no había hablado hindú : de esta lengua no ha conservado sino algunas palabras y sería incapaz de construir en ella una frase. Ni se acuerda, después de su enfermedad, haber podido hablar una palabra en ese idioma. Por tanto, en su delirio ha encontrado y hablado una lengua que ya no conocía y que ni siquiera sabía haber conocido.

El segundo hecho es que, durante el delirio, sus recuerdos lingüísticos y otros le volvieron por orden de formación : primero, los más antiguos ; luego, los más recientes.

En el momento en que dejó de delirar, estaba en la época de su matrimonio, época en la que ya hablaba corrientemente el alemán y el francés, así como el inglés. Seguramente, durante los cuatro días de delirio, la enferma vivió de nuevo una vida ya lejana y en gran parte olvidada. Los casos de este género son poco frecuentes y bien que no sea fácil explicarlos, no dejan de ser interesantes para la psicología, puesto que demuestran cuantos estados de conciencia viven en nosotros sin que lo sepamos, y que pueden revelarse en determinadas circunstancias.

Música para sordos

M. Charles Joly refiere dos anécdotas muy divertidas sobre el célebre compositor italiano Spontini, autor de la *Vestal*.

Spontini es el héroe de multitud de historias chuscas, que han llegado hasta hacer olvidar al músico de genio pomposo y solemne, para dar lugar á los recuerdos del hombre que tanto ha hecho reír.

En Berlín, sobre todo, fue objeto de chistes sin fin, á propósito de su *Agnès de Hohenstanffen*, que había montado en aquella ciudad y cuya orquestación era tan ruidosa, que nadie quería ocupar los puestos cercanos á los instrumentos de cobre y á la batería.

Una mañana, el rey de Prusia observó que habían colocado un gran cartel en una de las manos de la estatua del General Blücher, levantada entre la real mansión y la Opera. El rey envió bajar el cartel y leyó en él lo siguiente :

«Señor : me habéis hecho la honra de erigirme una estatua entre vuestro palacio y la Opera, á fin de que allí repose en paz, goce de vuestras miradas y oiga buena música. Pero, hace algún tiempo estoy ensordecido por un ruido al que no es comparable el de la guerra. Prohibid, Señor, por mi tranquilidad, las representaciones de M. Spontini, y os quedaré eternamente agradecido.»

Refiérese que días después un médico que tenía un enfermo afectado de una completa sordera á causa de un ruido detonante, quiso ensayar el mismo efecto para producir la curación y condujo á su cliente á los ejercicios

CREMA y POLVO CHARMERESSE

HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
DUSSER, 1, Rue J.-J. Rousseau. PARIS
 Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.

PILDORAS MOUSSETTE
 Neuralgias
 Jaquica
 Ciática.

CLIN y COMAR - PARIS
 En todas las Farmacias.
 607

Preparado en París
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDÈS 4748
 11 St-Denis 418

Libros de Registro para 1903

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

JARABE AUBERGIER
TOS
CATARROS
BRONQUITIS
INFLUENZA
INSOMNIO
 Empleado con mucho éxito en los Niños.

CLIN Y COMAR - PARIS
 EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE, DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.**

EXIJAN Vds.
 sólo esta PILDORA BLANCA las palabras:
DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las **PILDORAS**
 Purgativas y Depurativas
 del Doctor
DEHAUT
 se toman
al comer.

Muy buen Regimen. No más Dieta.
 Las menos **COSTOSAS**
 puesto que son
 las más activas.

de tiro de cañón, teniendo el cuidado de colocarlo cerca de las piezas; pero el sordo no oyó nada. Entonces lo llevó á la Opera una tarde en que se representaba *Agnès de Hohenstauffen* y lo situó en la orquesta, cerca de los cobres y del tambor. En el segundo acto, de pronto el sordo dió un salto y comenzó á gritar alborozado:

—Ya oigo! Estoy curado! . .

—Qué tiene usted? le decía en voz baja el médico: la orquesta está en silencio . .

El médico á su vez se había vuelto sordo!

La filosofía de las letras

¿Habéis observado como la Y es una letra pintoresca que tiene significaciones sin número? El árbol es una Y; la confluencia de dos ríos es una Y; una cabeza de asno es una Y; una copa sobre su pie es una Y; un suplicante que levanta los brazos al Cielo es una Y.

De resto, esta observación puede extenderse á todo lo que constituye elementalmente la escritura humana.

La sociedad, el mundo, el hombre entero está en el alfabeto.

La albañilería, la astronomía, la filosofía, las ciencias todas tienen allí su punto de partida, imperceptible pero real; y así debe ser. El alfabeto es una fuente.

A, es el techo, la pared delantera de una

casa con su travesaño, el arco *arx*; ó es la acolada de dos amigos, que se abrazan y estrechan la mano; D, es la espalda; B, es D, sobre D, la espalda sobre la espalda, la joroba; C, es el creciente, la luna; E, es el basamento, el pie recto, la repisa, y la roda, el alquitrave, toda la arquitectura de plafón en una sola letra; F, es la potencia, la horca *furca*; G, es el corazón; H, es la fachada del edificio con sus dos torres; I, es la máquina de guerra que lanza el proyectil; J, es la reja del arado y el cuerno de la abundancia; K, es el ángulo de reflexión igual al de incidencia, un teorema de geometría; L, es la pierna y el pie; M, es la montaña, ó el campamento, las tiendas apareadas; N, es la puerta cerrada, con la barra diagonal; O, es el sol; P, es el esportillero con la carga al hombro; Q, es la grupa con cola; R, es el reposo, el esportillero apoyado en su bastón; S, es una serpiente; T, es el martillo; U, la urna; V, el vaso (de aquí viene que se le confunda amenuado); acabo de decir lo que es la Y; X, es las espadas cruzadas, el combate; quién vencerá? se ignora; también los herméticos han tomado la X, como signo del destino, los algebristas como signo de la incógnita; Z, es el relámpago, es Dios.

Así, primero la casa del hombre, su estructura; luego, la justicia, la música, la iglesia, la guerra, la vendimia, la geometría; la montaña, la vida nómada, la vida claustral; la astronomía; el trabajo y el descanso; el caballo y la serpiente; el martillo y la urna, que se invierte y se une obteniéndose la campana; los árboles, los ríos, los caminos; en fin, el destino y Dios, hé ahí lo que contiene el alfabeto.

VÍCTOR HUGO.

Bodas amarillas

La *Vie heureuse* refiere las ceremonias y las prácticas de «las bodas más curiosas del mundo». Las hay deliciosas; las hay singulares y cómicas.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS SEÑORAS
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
 Fca G. SEGUIN, PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

Las pobres novias chinas merecen compasión. En China, el matrimonio lo arreglan los agentes ó corredores de boda, sin que la novia vea siquiera á su prometido.

«Cuando ya está resuelto el matrimonio, se le concede una semana, ni día más ni día menos, para que se entregue á llorar la próxima separación de sus padres. Después de este plazo, cambia presentes con el novio. El le remite un jamón, un saco de dinero, dos botellas de vino, dos gansos, dos pollos, dos velas doradas y adornadas con papeles de color, todo en bandejas rojas. Ella le devuelve una parte de estos regalos y no se reserva sino el dinero, un ganso, un pollo y las velas, que debe encender cuando nazca el primer hijo.

«El vuelve á enviarle brazaletes atados con cintas rojas. El día del matrimonio la novia se viste de rojo, rojo es también el velo y roja la seda con que hace los diferentes lazos. En el cortejo figura un naranjo, que debe llevarlo un hombre vestido de rojo, sobre un vaso también rojo.

«Después de la ceremonia, marido y mujer deben adorar juntos los manes de sus antepasados, y durante tres días ella no debe hablar, ni refr, ni llorar».